

# BOGOTÁ

libro al  
viento

Juan Álvarez  
Rodolfo Celis

# CONTADA

Mauricio Montenegro  
Laura Ortiz  
Lucía Vargas Caparroz

# 10





## **Libro al Viento**

---

**COLECCIÓN CAPITAL**

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.  
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

## ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

## SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

## INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Liliana Morales Ortiz

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica Molina,

María Camila Jaramillo Laverde, María

Eugenia Montes Zuluaga, Wilmar Molina

Vargas, Yalila Pérez Montoya, Ivonne

Alejandra Malaver Castiblanco, Valeria

Baena Robledo y Vivian Julieth Melo López.

Equipo del Área de Literatura

### PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, abril de 2023

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Juan Álvarez, Rodolfo Celis, Mauricio Montenegro, Laura Ortiz Gómez, Lucía Vargas Caparroz, Autoría

Camila Cardeñosa, diseño de la colección **Bastarda Type** y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía **Obispo**

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

© Juan Diego Tello Coley, por la imagen de la página 4.

Fotografías de los autores:

Juan Álvarez (Daniel Lara Cardona), Rodolfo Celis (archivo personal), Mauricio Montenegro (Alejandro Pérez Tamayo), Laura Ortiz Gómez (Tonatiuh Ambrosetti), Lucía Vargas Caparroz (Yulieth Mora Garzón)

ISBN: 978-628-7531-81-9

Multipresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

abril de 2023

### GERENCIA DE LITERATURA



#### IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50

[www.idartes.gov.co](http://www.idartes.gov.co)

contactenos @idartes.gov.co

 @LibroAIViento  @LibroAIViento

BOGOTÁ

CONTADA

10

Hospital San Carlos. - Bogotá



7

TEUSAQUILLO, USME, RAFAEL URIBE URIBE,  
BARRIOS UNIDOS, KENNEDY

Presentación

15

DECIMOS AGUA

Juan Álvarez

35

MEDIA VIDA EN USMEKISTÁN

Rodolfo Celis

55

VIVIR EN EL BOSQUE

Mauricio Montenegro

78

SE HABITA Y SE CAE

Laura Ortiz Gómez

103  
EL SUR NO ES UN PUNTO CIEGO  
Lucía Vargas Caparroz

120  
LOS AUTORES

---

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del  
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita  
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

# TEUSAQUILLO, USME, RAFAEL URIBE URIBE, BARRIOS UNIDOS, KENNEDY

Presentación

*Bogotá es una ciudad tan diversa,  
tan llena de historias y posibilidades,  
que uno puede crecer en medio de un bosque.*

Mauricio Montenegro

LA PROPUESTA A LOS ESCRITORES, ESTA VEZ, FUE que invocaran algún recuerdo, nos contaran alguna historia o confeccionaran una crónica mínima sobre una localidad con la que tuvieran algún vínculo. Los pretextos no pudieron ser más disímiles. Y las voces. Y los registros. Como se podía esperar de una ciudad tan dispareja como Bogotá, una ciudad con tantos recovecos y fronteras visibles e invisibles.

Con la persistente idea del agua en su cabeza, Juan Álvarez vio en el entrecruzamiento de sus múltiples cursos la fina e intrincada red que secretamente nos une como habitantes de esta ciudad. Y desde la vorágine administrativa de un



edificio patrimonial en Armenia, un barrio de Teusaquillo, en “Decimos agua” quiso descifrar la trayectoria de los recursos hídricos que al cabo difuminan las fronteras entre barrios y entre localidades. Porque el agua es todo y sus atributos y manifestaciones son múltiples, y Álvarez da cuenta y razón de algunos de estos: el agua que, milagrosa, viaja a través del acueducto; el agua que se infiltra por los techos, las paredes y amenaza con más grietas; el agua que siempre está a punto de convertirse en lluvia (hay una página, nos advierte el autor, que nos lo informa en tiempo real); el agua, siempre el agua en Bogotá, esté lloviendo o esté a punto de llover.

Bogotá es también la ciudad a la que llegan todos, de alguna manera, por muchos motivos, pues este es un país que se resquebraja todo el tiempo; es la ciudad a la que llegan gentes de cada región, todo el tiempo (“La mayoría de la gente de aquí no es de aquí. Llegaron ayer por la noche, esta mañana por la mañana”), lo sabe muy bien Rodolfo Celis, el autor de “Media vida en Usmekistán”. Y es posible que la ciudad te acoja, pero hay que ganarse ese espacio, crear vínculos, trabajar en lo que salga, escribir cuando se pueda, volverse escritor, leer siempre, por ejemplo ahí en la Biblioteca de La Marichuela en Usme. Y hay localidades en las que esta acogida es quizás más ancha, más calurosa,

o de eso parece persuadirnos Celis, locuaz, desbarrancada, alborozadamente, porque Usme de pronto, a veces, es el corazón de la ciudad, si se mira bien: “Mucha gente se va de Usme porque dicen que esto está muy lejos. Yo siempre pregunto, ¿lejos de qué? En este lugar me siento cerca de la ruralidad, del páramo, del agua, del llano, del corazón de la gente”.

Y, cómo no, Bogotá esconde secretos de historias magníficas. Esa es la crónica de Mauricio Montenegro, desovillada a partir de su recuerdo del bosque en que creció: “Más allá de esa oscuridad, Bogotá me arrullaba con la promesa de un mundo más grande que aquel conjunto de apartamentos”. Nos habla de un bosque, de la época en que funcionaba ahí lujosamente un hospital para tuberculosos, de cuando un bandolero famoso llegó ahí... En “Vivir en el bosque”, el autor nos confirma que, en suma, bastan un par de preguntas, para que salgan a la luz las muchas capas misteriosas que ocultan algunos espacios en Bogotá, entre la voracidad urbanística, los avances de la ciencia y la lenta educación sentimental de sus habitantes.

No acabamos nunca de aprender que todo está en constante transformación, que hasta lo que creíamos más firmemente asentado en el suelo desaparece y que nuestros más consentidos sueños se esfuman. De eso habla “Se habita y

se cae”, la crónica de Laura Ortiz Gómez, que logra anudar el relato de un momento vital al de las pujantes mujeres de su familia —y la de su casa en el barrio La Castellana—; al mismo tiempo, sirven estos apuntes autobiográficos un compendio de las ilusiones de la clase media, de cómo es forjar una empresa y levantar una familia, qué significa cumplir el sueño de tener una casa, y qué significa truncar ese sueño, y de cómo la ciudad puede devorarlo todo por el afán de expansión y progreso...

¿Hay que decir que Bogotá no solamente acoge a quienes vienen del resto del país sino a todos los demás? Lucía Vargas Caparroz, que vino de la Patagonia, nos cuenta —en “El sur no es un punto ciego”— algo del sur de Bogotá; nos relata su tránsito por varios barrios de Bogotá y de cómo recaló en Kennedy; desliza historias y voces de Corabastos en Patio Bonito (“Este mercado no duerme, hormiguea las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Corabastos es la plaza de mercado y central mayorista más grande de Colombia y la segunda más grande de Latinoamérica”) y, apenas nos extraña, nos confiesa que, pese a la constante transformación de la capital, sigue habiendo puntos de encuentro, por ejemplo los que ofrece una biblioteca, la del Tintal, ese “gran oasis blanco”.

Ojalá estos textos sean la oportunidad para que alguien descubra a través de estas historias personales algún aspecto nuevo de Bogotá —en la que se vive, a la que se llega o a la que se vuelve siempre—, alguna historia recóndita, o lo empuje a reconocer sin miedo sus fronteras secretas; ojalá alguien recuerde que aquí se sobrevive de muchas maneras, que cada casa tiene anudadas las ramas de un árbol genealógico, que aún hay bosques —es decir que aún se celebran ritos iniciáticos amparados por la arbolada—, que el agua —la vida misma— discurre por todas partes, y que, aunque no lo parezca, la ciudad esconde refugios a la vista de todos, una biblioteca (grande o pequeña) bajo el “azul azulísimo”, o un libro, o este libro.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento



# BOGOTÁ

Juan Álvarez  
Rodolfo Celis

# CONTADA

Mauricio Montenegro  
Laura Ortiz Gómez  
Lucía Vargas Caparroz

# 70





# DECIMOS AGUA

Juan Álvarez

DECIMOS AGUA Y EN SUS DOS SÍLABAS ESCASAS se nos esfuma el consuelo que procura.

Bebemos agua y estamos lejos de imaginar la reacción química compleja que moja nuestra lengua y nos mantiene con vida.

Lanzamos nuestros excrementos a los inodoros cargados de agua y conectados a tuberías de desagüe y nadie nunca nos enseña a reparar en el trayecto de nuestras escorias.

Hace una década, cuando mi oficio ecléctico de narrador disperso me acercó a la molécula simple que llamamos *agua*, hice un esfuerzo idiota por imaginarle fantasías o excentricidades y acabé descubriendo, por fortuna, que no eran “rarezas inventadas” lo que necesitaba, sino divulgación científica, poesía de la ciencia, imaginación cognitiva, un vocabulario y un puñado de metáforas capaces de hacerme entender el hecho escritural ante el que me ponía: decir agua no necesitaba



(no necesita) de juegos pirotécnicos; el agua es el milagro por antonomasia.

Los científicos contemporáneos hablan de *anomalías*. Las cuentan por decenas.

La molécula es simple y común porque cubre la mayor parte del planeta y constituye la mayor parte del cuerpo de los seres vivos, pero su comportamiento físico-químico es extraordinario.

Cuando empecé a leer sobre cada una de estas anomalías, sobre la posibilidad de una cuarta fase y una multitud de estados —más allá de los tres que nos han enseñado: agua líquida, hielo, vapor— dependiendo de condiciones de presión y temperatura solo imaginables en otros lugares del cosmos, la boca se me secó y apenas pude pasar saliva.

En ese entonces acababa de regresar a Bogotá y me había mudado a un edificio patrimonial en Teusaquillo, al frente del Cementerio Central.

Veía el mapa de la localidad, su distancia de los cerros orientales, la ubicación de mi nuevo barrio, el Armenia, su relación fronteriza dentro de la localidad y frente a las localidades colindantes (Mártires, Santa Fe) y en aquello que pensaba era el agua, en su forma de bajar por las faldas de la cordillera, en sus recorridos aéreos y en sus pasos subterráneos por el barrio.

No pensaba en los muertos célebres del cementerio reputado. No pensaba en los huesos abandonados del 9 de abril. No pensaba en los mausoleos de sindicalistas.

Pensaba en los contornos del agua.

\*\*\*

Hoy miro el mapa de las fronteras administrativas que distribuyen el gobierno de Bogotá en localidades y, además de las líneas rectas y contundentes que hablan de la voluntad política humana, veo bordes craquelados al oriente y muescas grandes al occidente: son las relaciones de hábitat que hemos ido construyendo en las laderas de nuestras montañas tutelares y los restos de cuerpos de agua que hace apenas mil años llenaban esta sabana andina sobre la que los muisca hacían su vida y los mestizos hemos construido la capital de la República.

Según los geólogos, estos restos de cuerpos de agua pudieron ser entre 270 y 290 humedales. Hoy son quince resistentes.

Para los especialistas, la década de los setenta concretó una comprensión escalofriante: proveer de agua al creciente número de habitantes de Bogotá no iba a ser solo un problema de abastecimiento y purificación; la estructura

ecológica entera —la cadena andina de montañas al oriente, los bosques de niebla y los páramos más arriba después de los tres mil y pico de metros, la sabana abierta al occidente y los ríos y humedales conectándolo todo— estaba siendo deteriorada a tasas desenfrenadas y propias del crecimiento poblacional y urbanístico.

Apareció entonces el relato de la conservación y la sostenibilidad después de un siglo de modernización urbana dirigida por la premisa del control humano sobre la naturaleza: la canalización y desvío de los ríos, la construcción de infraestructura para la captación, almacenamiento y purificación del agua, el disciplinamiento social tejido desde la higiene.

Discursos, sujetos, leyes, decretos, incisos, numerales, contratos, papeles, obras, más obras.

\*\*\*

Si vamos a hablar de las infraestructuras rectoras del agua, tenemos que hablar de una monumental iniciada en 1972: el proyecto Chingaza. Bajar agua desde el páramo en túneles subterráneos gigantes. La Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB) como la última y definitiva captadora pública de la última y definitiva frontera ecosistémica: el agua anidada en la altura de los páramos

circundantes y en especial en el Parque Nacional Natural Chingaza.

Cientos de miles de papeles y obras minúsculas y mayúsculas a lo largo de siglos de cañerías, acueductos artesanales, coloniales, públicos y privados, alcantarillados, tanques, tuberías, cloro, embalses, plantas de tratamiento. La trayectoria civil y política de un hecho que, ahora mientras repaso mis notas de papel y audio después de pasar semanas leyendo y conversando con gente sobre la gestión del agua en la ciudad y en mi localidad de Teusaquillo, me cuesta pensar como algo distinto a un milagro: ocho millones de personas que viven en la capital de uno de los países latinoamericanos más desiguales y segregados del continente y que, no obstante, casi en su totalidad, comparten un fino hilo común: agua potable.

\*\*\*

Dado que a los científicos contemporáneos no les gusta hablar de milagros, han escogido en cambio el sustantivo *anomalías*.

La densidad de una sustancia es una magnitud referida a la cantidad de masa en un determinado volumen.

La densidad de una sustancia varía cuando cambian, o la presión o la temperatura, pero también cuando la sustancia en cuestión *cambia de estado*.

En general, al disminuir la temperatura de una sustancia, su densidad aumenta porque sus moléculas se compactan.

No con el agua.

Cuando el agua se enfría, su volumen también se contrae, pero hasta los cuatro grados centígrados, porque a partir de este punto la molécula del agua cesa la contracción y su estructura se dilata hasta convertirse en *hielo* en el punto de congelación a los cero grados centígrados.

La estructura del hielo —la forma como se agrupan las moléculas de agua al congelarse— forma un retículo, un tejido en forma de red, y este retículo ocupa más espacio y es menos denso que el agua líquida.

(La razón, dicen los científicos contemporáneos, es la *orientación* de los *enlaces de hidrógeno* a medida que el agua se congela. Esa orientación de los enlaces o puentes de hidrógeno es todavía hoy motivo de investigación científica.)

Gracias a esta *anomalía* los lagos, ríos y mares comienzan a congelarse desde la superficie hacia abajo.

Esta costra de hielo superficial, que flota sobre el agua líquida, sirve de abrigo a los seres vivos acuáticos, porque aunque la temperatura ambiente baje aún más ( $-50\text{ }^{\circ}\text{C}$  o  $-60\text{ }^{\circ}\text{C}$ ), el agua de la superficie transformada en hielo mantiene constante su temperatura en cero grados centígrados.

Es la razón de la vida en los mares.  
La razón de la vida en la Tierra.

\*\*\*

Los trazos administrativos tampoco consiguen ocultar por completo las cuatro subcuencas que recogen los distintos caudales que bajan de los cerros orientales en quebradas crecientes, drenan nuestra existencia desde hace siglos y desembocan en el río Bogotá, la flema espesa y contaminada que corre hacia el sur, busca descender de la cordillera por el poblado de Chusacá, forma el embalse del Muña, el salto del Tequendama y más adelante desemboca en el Magdalena a la altura de Girardot.

El agua de los páramos andinos en su tránsito al Magdalena en su tránsito al mar.

El mandato del ciclo hidrológico en esta geografía nuestra de cordilleras, valles y altiplanicies.

Vista desde la lógica de este mandato, una localidad como Teusaquillo —su perímetro administrativo, rectilíneo y arbitrario— no es otra cosa que hectáreas densamente pobladas por donde el agua transita, desborda, se contamina, regresa, hidrata, hierve en las cocinas y continúa su tránsito en redes del Acueducto que idealmente son de dos tipos

separados, pluviales y residuales.

Ni trescientos años de colonia ni más de doscientos años de vida republicana, con sus reorganizaciones de gobierno y sociedad alrededor de otro tipo de figuras como la plaza pública o la avenida para carros de varios carriles, consiguieron desaparecer por completo el trazo superficial y subterráneo de esa fuerza excepcional que a diario baja desde los páramos, se organiza en los cerros orientales y nos recorre en nuestros cementos, canales y tuberías extendidas hasta encontrar estación o salida en plantas de tratamiento, humedales o el infecto río Bogotá.

Y esa imposibilidad de borramiento, vista con cuidado, es otro milagro: cuencas de quebradas y ríos explotados y dominados que aún hoy pueden intuirse a pesar de los trazos duros y superpuestos del rigor administrativo precolombino, colonial, republicano y contemporáneo.

Un nuevo viejo mapa de la ciudad, no ya de las localidades, que es al que estamos aburridamente acostumbrados, sino de las cuatro principales subcuencas que nos constituyen antes incluso de que la sabana tratara de ser controlada por Jiménez de Quesada desde el primer asentamiento español en lo que es hoy el Chorro de Quevedo, o desde el caserío de indios abandonado y llamado Teusaquillo donde Jiménez de Quesada organizó a su ejército, ese nuevo

mapa, el más viejo de los mapas, habla del rigor incontable con que la naturaleza persiste en sus cursos: el agua que (aún) no para de descender de la montaña.

\*\*\*

En la cavidad torácica de la ciudad están las subcuencas del río Fucha y del río Salitre.

A su altura media, ambas subcuencas parten en diagonal a la localidad de Teusaquillo, y justo empiezan a hacerlo por el barrio Armenia.

Pienso en la posibilidad de dar cuenta de nuestros afectos constituidos en el espacio.

Pienso en la cartografía de emociones que he ido construyendo respecto a este barrio fronterizo en el que vivo.

Y así, detenido en la gestión urbana del agua como milagro, mientras repaso la línea divisoria entre las subcuencas del río Salitre y Fucha que pasa por el frente de mi ventana aunque no la puedo ver, reparo en un matiz crucial respecto al primer fastidio que sentí ante lo que llamé o entendí como *trazos administrativos arbitrarios*.

El matiz es el siguiente: las fronteras vivas de las principales subcuencas que recorren la ciudad son márgenes de gobernanza y gestión del agua, es decir, son en parte también



*arbitrariedades*, quizás más socioecológicas que estrictamente administrativas, trazos definidos en comprensión del antiguo curso de las quebradas y los ríos pero no menos *trazos nuestros*, antro-po-dictados, definiciones sobre el territorio para constituirnos en él y para hacerlo cada vez más desde el monitoreo científico estricto de los patrones de circulación y tratamiento del agua.

El no borramiento de la realidad hídrica de las subcuencas ha sido también *gestión*.

Y la gestión toma la forma de la voluntad política. Esa voluntad, que va y viene en variantes administrativas e ideológicas, quizás tiene también cursos irreversibles: la *gobernanza del agua* —de ella hacia las especies que se sirven de ella—, la comprensión cabal del hecho de que nos debemos a ella, es hoy (aún) un trazo visible en ciertos mapas (los nuevos viejos mapas) y es también un consenso incontestable.

\*\*\*

La gestión del agua en nuestro tiempo urbano, en esta ciudad capital y en los cientos de instancias barriales donde hay una comunidad preocupada, ya no es asunto exclusivo del Acueducto o de la Secretaría de Ambiente. En materia ambiental, y puntualmente respecto al agua, la lógica

vertical del siglo xx, según la cual existen “autoridades” con la suficiencia plena para tomar todas y cada una de las decisiones de interés colectivo, cada vez resulta más vigilada y en impugnación.

A los planes de manejo de distinto tipo, a los decretos de las autoridades ambientales, ahora se suman instancias de democracia participativa como las acciones populares, los comités barriales o de juntas de acción comunal, las mesas interlocales y los activistas de distinto calibre.

En el caso del canal del río Arzobispo, la última década y media vio la creación de dos fuertes espacios de participación ciudadana: la Mesa Interlocal de la Cuenca del Río Salitre y el Comité del Río Arzobispo.

Hace más de quince años, el canal vivía en una crisis aguda como depósito de basuras de residentes y habitantes de la calle, con su ronda invadida por negocios comerciales que habían cerrado el acceso peatonal con mallas y muros hechizos. Había puntos más críticos que otros, pero incluso desde su inicio, a la altura del Parque Nacional, el río recibía la descarga de aguas residuales de los baños públicos y muy raramente los árboles en sus márgenes eran revisados para conocer su estado de salud y darles cuidado.

Me entero de todo esto, y de decenas de otras historias y tensiones, porque converso con activistas que han hecho

parte de estos espacios ciudadanos y porque hablo también con dos ingenieras del Acueducto que han trabajado la subcuenca del río Salitre, a la que pertenece el canal del río Arzobispo.

Los activistas son vocales y me cuentan de todo en claves a veces atropelladas y dramáticas. Las ingenieras, en cambio, me cuesta conseguir que se reúnan conmigo, y cuando nos encontramos, casi me hacen más preguntas a mí, sobre el tipo de texto que estoy escribiendo, que las que yo tengo oportunidad de hacerles a ellas. Son recelosas de la ciudadanía.

Les pregunto por el valor de esa presencia activa de vecinos y ciudadanos informados e interesados en el cuidado de esos espacios públicos estratégicos para la subcuenca y sus barrios. Reconocen ese valor, pero no dejan de ser recelosas.

Me hablan entonces de la sentencia del río Bogotá y me hacen entender que el Acueducto y ellas, como servidoras públicas, van paso a paso adelantando acciones sistemáticas para esas *mejoras* que la empresa también quiere.

Me comparten el Informe de seguimiento: Sentencia río Bogotá No 15 de febrero de 2022. La sentencia es del Consejo de Estado y fue emitida en 2014.

Son 240 páginas inundadas de información técnica y 90 anexos. Las leo en la medida de mis posibilidades en busca de comprender algún ápice de las conexiones entre el

tejemaneje de toda la gestión del agua de la ciudad y la utopía (es lo que me parece) de un río Bogotá atenuado en su contaminación (es el espíritu de lo que pide la sentencia).

Me detengo en un ordinal que se concentra en lo que, me han explicado las ingenieras, o me ha parecido entenderles, es el problema más crítico de la subcuenca a la altura de una localidad con construcciones antiguas (patrimoniales) como Teusaquillo: “las conexiones erradas”.

“1.11. Ordinal Cuarto Numeral 4.55. Plan de Identificación y Corrección de Conexiones Erradas.”

Se trata de construcciones en las que no distinguieron el sistema sanitario del sistema pluvial y la carga vertida de la primera acaba mezclada con la segunda y contaminados de manera permanente los cuerpos de agua de la ciudad.

Muchas de las obras de mitigación a corto plazo para paliar las conexiones erradas, declara el informe, han sido realizadas a diciembre de 2020: “obras de separación de caudales sanitarios que van al final de la red de alcantarillado pluvial”. Luego viene una tabla. La tabla tiene dos páginas. Tengo la impresión de que, si sigo leyendo o me detengo en los detalles de la tabla, acabaré enfermándome de los nervios.

Salgo y paseo de arriba abajo el canal del río Arzobispo, desde el Parque Nacional hasta la carrera 30 con calle 48, donde se sumerge, gira a la derecha y sale por la mitad

de la avenida NQS convertido en un canal más grande, el Salitre, y su destino es ya otra localidad y su carga de contaminación seguirá creciendo.

Encuentro el canal marcado con tableros que lo presentan como “corredor ecológico”. Hay fotos de aves. Hay párrafos esforzados que cuentan una u otra historia sobre las obras de canalización. Hay pedazos de jardines a su orilla donde presento la mano delicada de un vecino a quien nadie le agradece. Y, sobre todo, cada 300 o 500 metros, abajo de la carrera Séptima, luego abajo de la carrera 13, luego abajo de la carrera 17, veo prendas abandonadas de ropa, el vestigio de tránsitos humanos que siguen necesitando del canal como baño o de sus puentes como techo porque la pobreza no está en ningún ordinal de la sentencia del río Bogotá.

\*\*\*

Descubro la aplicación “lluvia en tiempo real” de la Secretaría de Ambiente de Bogotá.

Es asombrosa: <https://app.sab.gov.co/sab/lluvias.htm>.

La descubro porque en la cubierta norte de mi edificio, una joyita envejecida construida en 1958 por arquitectos judíos y ubicada en la última calle al sur del barrio Armenia, han aparecido goteras.

Soy en este momento el administrador del edificio.

En rigor, el problema de goteras en la cubierta norte lleva años. Se han puesto parches y parches y parches. Se ha metido plata en este arreglo y en este otro. Se han deteriorado las relaciones entre vecinos. Un pequeño desastre prolongado. El curso de la vida barrial en edificio patrimonial, pero envejecido.

Con la temporada invernal la cosa ha empeorado en uno de los dos apartamentos debajo de la cubierta norte y la vecina me pide “autorización” para otro parche.

No quiero ser administrador de nada. No tengo talento para ello y menos para andar *autorizando* vainas con la escasa plata común de la cuota de administración, pero estoy aquí, mi techo en la cubierta sur no tiene goteras y si las tuviera sé que estaría atormentado —alguna vez lo estuve, pusimos un parche, el parche sigue allí, hace su trabajo, sé que le queda poco tiempo— y necesitado de que *la administración del edificio*, esa abstracción y ese eufemismo —somos nosotros mismos, las personas que vivimos aquí como propietarios—, me ayudara.

Algo ocurre en este momento de mi vida: quizás el hecho de estar escribiendo sobre la historia de la gestión del agua en la ciudad, o sobre los nuevos trazos visibles de la gobernanza del agua traducidos en *márgenes de subcuencas*, o sobre los esfuerzos de hacer *paseos ecológicos urbanos* en

canales de agua que siguen siendo los únicos puntos de acceso a algo parecido a un baño público para las personas empobrecidas que viven en la calle...

Algo ocurre, una anomalía, y lo cierto es que me parece mala idea botar más plata en parches que no solucionarán nada de manera definitiva y acabo cotizando un arreglo que progresivamente va siendo claro necesita ser estructural: levantar las décadas de capas de manto, los parches de años y rezos atormentados, acumulados en la cubierta norte deteriorada, y descubrir si la placa original del edificio tiene grietas o fisuras, repararlas, rellenarlas de material, y entonces sí impermeabilizar con los nuevos productos que existen en el mercado y que son *pinturas de exteriores* que se convierten en cauchos livianos, *membranas* para repeler el agua y no quebrarse con el sol.

Benditas sean, aleaciones químicas, digo en un principio.

Encuentro a un maestro de obra joven y convincente que parece darle confianza a la gente en el edificio. El tipo parece saber lo que dice y está seguro de que la placa del edificio tiene grietas como decenas de las placas y techos de los edificios viejos de Teusaquillo en los que ha trabajado porque son su mercado. Recuerdo las caminatas pospandémicas por mi barrio Armenia y los barrios vecinos Estrella, La Magdalena, La Soledad, Santa Teresita. Sé muy

bien que he visto decenas de operaciones de refacción de techos en los últimos dos años, más o menos desde el final de la pandemia. Me he detenido a contemplar la dificultad de dichas refacciones. Me he preguntado por lo que significa un techo sin goteras para nosotros los ciudadanos.

Para mi desgracia, me creen como administrador, acordamos pagar una cuota extraordinaria y empezamos obra en busca de las grietas en la placa norte del edificio.

\*\*\*

Levantar las varias capas de manto y reparcheos resulta una tarea monumental. Salen noventa y pico de bultos de escombros cada uno más o menos de quince kilos. Hago la cuenta y tiemblo: más o menos mil cuatrocientos kilos. Casi tonelada y media. Bajan los bultos con lazo. Y llueve. Y la cubierta norte del edificio está sin ese peso de parches y también descubierta.

Duermo nervioso.

Empiezo a soñar con el vértigo de estar parado allá arriba en lo que debe ser un sexto piso. Me despierto pensando que tengo que dejar de subir tanto. No lo consigo. Paso los días acompañando la obra y colaborando en lo necesario.

Arriba, parado en el techo, me pregunto si nuestro edificio tendrá *conexiones erradas*.



Entonces consulto la aplicación “lluvia en tiempo real” y sufro.

Miro las estaciones circundantes que reportan la carga de nubes en el cielo. Aparecen sus colores azul claro y verde amarillo según llovizna o lluvia y me da terror imaginar que vendrá un amarillo intenso o un morado recio, los colores de las precipitaciones fuertes.

Monitoreo el agua anómala que monitorea la Secretaría de Ambiente.

Me asombra la precisión de la aplicación.

Olvido las anomalías.

Pienso en los monitoreos que seremos capaces de hacer en el futuro.

Nuestra creciente capacidad de predecir la catástrofe.

Una llovizna azul ligero aparece y se mueve sin la más mínima consideración con las fronteras administrativas de las localidades. Cruza líneas en el mapa de la aplicación de manera irregular. Cruza los márgenes de las subcuencas. La obra en proceso se empapa. Aparecen nuevas goteras.

Recuerdo entonces lo siguiente: siempre que escribo textos largos que me importan, suelen empezar a ocurrirme cosas en el cuerpo relacionadas con eso que escribo.

Me bajo del techo.

Dejo de leer sobre la gestión del agua en la ciudad y en Teusaquillo porque eso que primero llamé milagro empieza a parecerme terror.

Tengo que acabar este texto, mudarme urgente de mapa, se me desvanecen las anomalías.

\*\*\*

Llevo años procurando reflexionar y practicar las posibilidades divulgativas, poéticas y emotivas de la expresión artística y en particular de la narrativa respecto a la emergencia climática y las anomalías del agua.

He leído filósofos que sostienen que se trata de la gran tarea del saber artístico de nuestro tiempo. A su juicio, el conocimiento climático que hemos construido en los últimos cincuenta años resulta prácticamente imposible de ser experimentado por un ser humano en el transcurso de su existencia o a partir de sus rangos sensibles. Podemos notar que nuestro pueblo se ha calentado un poco en comparación con el pueblo de nuestra infancia o que nos hace falta agua, pero no otra cantidad inmensa de factores decisivos: la no linealidad del sistema climático; los umbrales críticos, más allá de los cuales el cambio lento y digerible se convierte en transformaciones rápidas e imprevisibles;

el ensamblaje poroso de entidades contradictorias.

Quiero hacer de esa preocupación artística y epistemológica mi preocupación, mi práctica parcial, pero me temo, mientras termino de escribir este texto nervioso y desbordado por el agua y el vértigo y el miedo a las alturas cuando esas alturas se mojan y se hacen resbaladizas, que lo único que le interesa a la gente (a mis vecinos) es el techo de su casa sin goteras.

Repeler el agua.

¿Cuál es acaso la tarea de la divulgación narrativa?

Quizás contarles a mis vecinos que el canal del río Arzobispo, aquí cerca en el barrio colindante de nuestros vecinos, lleva años haciendo esfuerzos para dejar de ser un *canal sospechoso* y convertirse en *corredor ecológico*, pero sus problemas se mitigan y se miran con ojos frescos y sin embargo la injusticia ambiental sigue ahí, en el vestigio de tránsitos que son las prendas de ropa abandonadas en los adoquines de la ronda.

Decirles que su edificio bello y patrimonial, cuyas cubiertas hacemos el esfuerzo de reparar en sus goteras, tiene *conexiones erradas*.

Descubrirles un milagro y decirles también un terror.

# MEDIA VIDA EN USMEKISTÁN

Rodolfo Celis

*Para Érika, la mera bonitura*

VIVO EN USME. SOY ESCRITOR. HE AQUÍ DOS CONSIGNAS que parecen contradictorias. En una localidad de casi cuatrocientos mil habitantes no abundan los escritores. Sí la gente que escribe. Es distinto. Yo escribo y soy escritor y no soy usmeño. Soy copeyano. Vengo de la zona rural de El Copey, al norte del Cesar, al sur de la Sierra Nevada de Santa Marta. Es difícil de explicar. La vereda se llama Tierra Nueva y está a una altura promedio de mil metros sobre el nivel del mar. Los campesinos que todavía quedan allá —a los que no mataron, ni desplazaron, o desplazaron pero tercios se devolvieron— cultivan maíz, yuca, plátanos, café. Crían vacas, cerdos, gallinas. Escuchan vallenatos y música carranguera. Juegan fútbol en una cancha con pendientes en dos direcciones y ahora tienen una trocha carretable por donde bajan al pueblo. Los chicos a los catorce años son hombres hechos y

derechos y las chicas a la misma edad se *vuelan* del hogar con novios mayores. Ese era mi destino manifiesto. De eso me libré, de allá vine, a estudiar Ingeniería Civil en la Universidad Nacional. La historia suena conocida, daría para una película de superación personal con muchos *clichés* narrativos. Soy el muchachito que burló el sembrado, el machete, la tradición familiar de tierra y ganado, para vivir entre libros, para escribirlos. Escribo porque antes fui lector enfermo en una tierra sin libros, donde todos me decían: “No lea, es peligroso, terminará loco”. Leía porque ese mundo rural era todo lo paila que uno se pueda imaginar y leer era una manera de plantarle cara, de evadirse un poco, de permitirse los sueños. Esa ha sido mi enfermedad. Lo escribo así. Es una enfermedad brava. Te convierte en un extraño entre los tuyos, un pendejo, un mampucho, un marica. Debes huir para salvar el alma, para encontrarte con la belleza, contigo. Huyes y terminas en Bogotá, en Usme. Es lo que explica mi exilio. En eso me parezco a tantos más. Hijos de muchas diásporas. Sobrevivientes. Soy usmeño por adopción, por elección personal, porque así lo siento. Soy usmeño porque una vez me hice a este ambiente y a esta luz dije no me voy, aquí me quedo. Ahora, ¿en qué momento perteneces a un lugar? ¿Quién te da carta de ciudadanía? ¿Qué me hace de aquí o de más allacito? He vivido

media vida en Usme, entre barrios como El Virrey, San Juan Bautista, Santa Librada, La Marichuela, el Almirante Padilla. Escribo desde aquí. Aquí me hice escritor, afirmé las patas entre el barro, levanté mi trinchera de palabras. Vivo en Usme y no tengo husmo. Tengo aliteraciones a tutiplén. El olfato es mi sentido menos desarrollado. Esta nariz grande solo me sirve para moquear. Sufro de rinitis alérgica y el frío me hace moquear que es un contento. No tanto el frío, más bien la lluvia y el viento. Aquí la lluvia nunca cae vertical, nunca de una sola pasada. Es perezosa y filimisca. Se te viene de frente, te ataca matrera, en ángulos de treinta o cuarenta y cinco grados, y te afloja mocos prehistóricos. Y el viento, ¿qué te dijera?, es una cosita muy seria. Te transmite una sensación térmica con rebaja. No importa qué marque el termómetro, sientes como si fueran cinco grados menos. Se te cala tan hondo que te llega al corazón de los huesos. Si eres un recién venido, Chiminigagua te proteja del chiflón. Lo digo con motivos. Al mero comienzo, el frío me produjo una especie de reuma, una maluquera dolorosa en las canillas. Estuve comiendo espinacas un mes, que me dijeron servía, pero no. El santo remedio fue una crema de mariguana mezclada con gasolina que me untaba a dos cargaderos por las noches. Así, hasta que me acostumbré. Al frío, a Usme, a la lejanía, a la cercanía de esta gente que

luego sería mi gente. Pero digamos otras dos o tres cosas del frío. Si no te adaptas pronto, si dejas que te gane, te gana. Una vez pasas esa primera línea, estás del otro lado, la haces, pero es una guerra de jabatos. Hubo un tiempo en que le di pelea a cara destapada. No usaba chaqueta, ruana, bufanda, tapabocas, capucha, ninguna protección. El frío es psicológico, me repetía. Me obligaba a soportarlo. Iba de camisetas manga sisa, bermudas, abarcas tres puntas. ¿No siente frío?, era la pregunta constante. Es psicológico, decía. Si no piensas en él, no existe, no lo sientes. Fíjense en los habitantes de calle, andan casi desnudos en la noche, duermen a la intemperie y como si nada. No contemplaba que quizá la droga les afecta la sensibilidad. Yo empecé a fumar cigarrillos Mustang rojos, en la U, para el frío. El humo me mareaba y en el mareo no sentía la baja temperatura. Lo que tampoco decía, porque me avergonzaba, es que en esa época del frío psicológico no tenía dinero para comprar alguna chaqueta, chompa, rompevientos. Ni siquiera para comer, pero guardemos el hambre para luego. Mucha de la ropa que me ponía era regalada. Edna Giselle, una compañera del Observatorio de Derechos Humanos, me traía zapatos, camisetas, pantalones, de un hermano que tenía una estatura parecida, bordeando el metro con noventa, que calzaba lo mismo, cuarenta y dos. Para entonces

ya había dejado la Ingeniería, me había devuelto a El Copey dos años y luego, otra vez, después de un desplazamiento forzado por la guerra, había vuelto a Usme, en noviembre del 2003. Regresé con míseros cincuenta mil pesos en el bolsillo, un morral negro con ropa y un cupo en la Universidad Nacional, para estudiar Literatura. Siento que esos dos años (2002-2003) entre las dos carreras, que pasé como profesor en Tierra Nueva, me definieron sobre la tierra, marcaron a fuego lo que sería, lo que soy. Yo había crecido en un campo en guerra, entre violencias subterráneas y otras estridentes. Había masticado el miedo como pan de cada día. El ELN mató a mi tío Julio César Serrano el 17 de octubre de 1993, en Chimila, herida que todavía me sangra adentro. Había visto irse a mis amigos, a mis compañeros de juegos y de escuela, a echar tiros, a morir lejos de casa. Pero esos dos años, ¡pucha!, fueron feroces. Salí vivo, pero salí roto, quebrado, miserable. Sobreviví, pero llevo veinte años sintiéndome un ser abyecto, culpable, una ruina. Hice cosas inmorales para protegerme, para proteger a los míos. Tuve miedo, mucho miedo. Conocí todas las formas de la cobardía. No puedo anotarme ni un pequeño gesto de heroísmo. Nada que me disculpe ante los ojos de Dios. Si me hubieran matado las varias veces que creí me matarían, sería solo una cifra, pero no tendría que haber arrastrado esta cadena



kilométrica y pesada. Salí de Tierra Nueva cuando la comunidad se fue desplazada, con sus muertos y sus bártulos. Ni siquiera quise ir a la Personería a declararme víctima. Mi prima Haydée lo hizo por mí. Me inscribió en el registro único. Me entregó una carta que no quiero jugarme. No me gusta el lugar de la víctima. Reniego de llamarme así. Las víctimas son inocentes y yo no lo soy. ¡Qué gonorrea! He cabalgado suficientes pesadillas para saberlo. La víctima pareciera solo puede ser víctima y yo me hice escritor para atribuirme otro nombre, para sentarme en una silla más caliente. He vivido en Usme todo este tiempo para escribir de memoria cosas que mi memoria me dicta. Necesito esta distancia. Es como un síntoma. Los autores de provincia deben venir a Bogotá para hacerse escritores, para narrar lo que allá dejaron. A veces, para que no los maten por decir lo que escribiendo dicen. Esa toma de distancia me conmueve. Si viviera en El Copey, nunca lo habría hecho. Tampoco querría. La vida es demasiado prosaica, el calor acosa, el bullicio, la familia, los mosquitos. Pero sin El Copey, sin la sombra larga de sus palos de mango, sin el crepitar de los fogones de leña, sin el acervo de sus ríos de sangre, tampoco escribiría. ¿Qué tendría para decir? ¿Qué espolearía mi lengua? El caso es que, en noviembre del 2003, regresé en jirones, al frío y a la lluvia y al viento de Usme. A una casa

que todavía era de mi hermana Tilcia y de su marido, donde podía disponer de un cuarto de chécheres. Allá está ese cuarto, me dijeron, puede quedarse un tiempo sin que nos pague arriendo. Los servicios los arregla con Javier. Ahí verá. Y yo vi que eso era bueno y me vine a la de dios. Sabía que estaba solo, que sería agónico. Sabía que Bogotá es brutal a su manera, pero ya quemadas las naves, como cualquier Eugène de Rastignac campechano, me atreví a desafiarla: “Ahora nos veremos las caras tú y yo”. El cuarto daba grima, terrorera. Tenía dos camas, un chifonier y ratones. Los ratones eran lo peor. De noche me caminaban por encima. Les tenía fobia. Imaginaba historias en que me roían la nariz, las orejas. En ese cuarto luché batallas épicas contra ratones atléticos, retrecheros, malpariditos. Batallas que ameritarían páginas de buena literatura. ¡Canta, oh musa, la cólera del peludo roedor! Los expulsaba de casa, pero se colaban de regreso desde la calle y vuelta a empezar la de Troya. En ese cuarto pasé diez años. El baño era compartido con inquilinos que iban y venían. Apenas si recuerdo los disgustos de vecinas obsesionadas porque no fregaba pisos como ellas querían. La espera del turno para entrar a una ducha de agua refría. La eterna discusión por si quedaban pelos, algún calzoncillo mojado, un rastro de orina sobre la taza del inodoro. Tampoco tenía cocina. Primero, porque

no había espacio. El cuarto de la cocina era chiquitico y tenían primacía las familias. Segundo, porque no tenía estufa, ni vajilla, ni nevera, ni dinero para mercado. Entonces, me la jugué a no cocinar. Ni tinto siquiera. Comía en la calle, cuando se podía, en casas de vecinos, donde Javier y Olaris, cuando invitaban. De lo contrario, no comía. Podía pasar el día con un café y un pan, con una galleta, con aire. A veces, aguanté hasta tres días de hambre física. Quien no ha pasado por allí no sabe. Estaba flaco, calaverudo, que cruzaba las patas, pero no me rendí. ¡Ni por el putas! No quiero que se lea esto como un ejercicio de pornomiseria, pero si toca decir que uno pasó hambre, pues la pasé y se dice y no pasa nada. El hambre es también una fuerza poderosa. Si estás hambreado, se agudizan tus sentidos. Piensas con el estómago. Pones toda tu capacidad intelectual, tu inteligencia, en un único objetivo: conseguir comida. Bruto, pero decidido. Ahí nació otro Rodolfo, menos tímido, más audaz. A veces pienso en ello, en cómo fue aquello y no me explico. No conocía a nadie, a casi nadie. Javier y Olaris me echaban alguna mano, pero en lo fundamental debía rebuscarme el trabajo, el dinero, la comida, los gastos de la vida universitaria. El cuento resumido es que hice lo que hacer podía. Fui vendedor ambulante de ropa y tapetes, ayudante de electricistas y fontaneros, pintor de brocha gorda,

dibujante por encargo, redactor de reseñas y ensayos, hacedor de tareas escolares, lavador de platos en un restaurante, hasta trabajador de la rusa. En esos días, también empecé a escribir. Llevaba una agenda donde enlistaba las cosas que me pasaban, las lecturas que iba haciendo, las películas que veía. Vuelvo a ella para recordarme cómo era. Es un registro del hambre, de la carencia, de la dificultad. También de la esperanza. Cada tanto se repiten ciertas fórmulas: No fui a la universidad porque no tenía para pasajes. Hoy tampoco comí. Saqué cinco en el ensayo de Literatura Universal. Hay alguna acotación religiosa: ¡Dios mío, dame una luz! Gestiones hechas en balde: Hablé con mi maestra tutora, me recomendó cancelar semestre. Pasé papeles para el bono alimentario. Averigüé cómo funcionan las residencias universitarias. Aventuras urbanas: Fui caminando hasta la Biblioteca Luis Ángel Arango, la encontré cerrada, me devolví caminando. Fragmentos copiados de libros: *Cuenta siempre tus costillas antes de dormir. Si al despertar te falta una, estás salvado* (Arreola). Leo muchas referencias a libros. Leía. En modo esponja, a la desesperada, como si fuera eterno. Me hice asiduo visitante de la Biblioteca La Marichuela. Allí topé libros, muchos libros, obvio, pero también gente valiosa, relaciones de provecho. Empecé a asistir a un club de lectura que organizaba Camilo Urbano. Nos hicimos

parceros, compadres. Cami era un pelao de Monteblanco que, como yo, había hallado en los libros un destino. Era promotor de lectura, así que teníamos temas de conversa. El club era gozoso, una gozadera. Caían chicas lindas, talentosas, que hacían teatro, danzas, estaban metidas en vueltas alternativas. Se leían cuentos de autores clásicos: Poe, Quiroga, Maupassant. A veces, por variar, Camilo nos pedía leer algo propio. El 2 de julio del 2004 registré en la agenda que había leído el poema “Cuando hablo de El Copey”. Esa debe haber sido mi primera lectura pública. El título es diciente. No recuerdo el texto, sí la sensación de vergüenza. Supongo haber oído frases como “Está chévere”. No lo recuerdo, lo supongo. El caso, lo que importa, es que ese club fue una buena puerta para mí. Por esa puerta entré a los círculos artísticos, infernales y socialbacanos de Usme. Y como era un joven silvestre, casi silvestrista, con inquietudes, tiempo y energía, terminé metido en foros, cineforos, foroforos, clases de tango, caminatas, ollas comunitarias y hasta movidas de catres. Ahí fue cuando conocí a la gente que debía conocer: los *neñeros* de barrio. Una especie nativa propia de las periferias bogotanas, que igual escuchaban Britney Spears, The Misfits o Cornelio Reyna; que igual leían Dostoievski, Carlos Castaneda o Mafalda. Parche sinvergüenza que encaraba la carencia con imaginación. En

fin, gente como uno. También fue el tiempo del salto cuántico. Descubrí una localidad que no conocía, su territorio, las movidas culturales, el debate político, la lucha de las organizaciones sociales, la rumba alternativa. Hice amigos, hallé y perdí y volví a encontrar el amor. Hubo familias que me recibieron en sus casas, que me dieron comida y cobijo. Me involucré con una oenegé de defensores de derechos humanos. Eran días de la represión uribista y tocaba posicionarse. Con esos nuevos amigos creamos un cineclub, una tertulia, una revista, una red juvenil, un movimiento popular. Tejimos y destejimos varias veces el arcoíris. Fue lindo. Lo recuerdo lindo. Otros recordarán distinto. Importante, empecé a trabajar en cosas que me gustaban, a ganar plática por hacer cosas que sabía hacer, lo que significaba comer con más regularidad. Mientras, escribía. Seguía escribiendo. Sobre todo, poemas. Poemas en los que intentaba hablar de mis amigos muertos, de lo que la guerra se había llevado, de lo que había dejado dentro de mí. Escribía mis pesadillas, el dolor, la nostalgia. Sin pausa, sin esperanza, sin saber para qué. Llené agendas de borronaduras. Sentía la pulsión, la seguía, a ver hasta dónde, por qué cauces. Hallé a otros en el mismo intento. A Carlos Martínez, por ejemplo. Si a él le decíamos El Gato, yo era su perro faldero. Iba detrás suyo, le copiaba, le aprendía. Era el típico chico de

barrio con flores en el pelo. Escribía historias, se ganaba concursos locales, leía a Borges en un mamotreto verde. Fuimos un tiempo largo llavecitas, parcerías, cómplices. Otro encuentro que dejó surcos fue con Jaime Barragán, un personaje que si no existiera tocaría inventarlo. Artista plástico de La Nacional, Jaime es la belleza que camina, el corazón. Sí, suena lambón, pero qué culpa. A Jaime uno lo ama o lo ama. Todos lo amamos. Esta crónica debería ser sobre él. Sobre otros y otras que hacen tanto, que admiro tanto. Los nombres se acumulan. Si levantara un inventario de los ñeros ilustrados de Usme, de las mujeres bonitas, pilas y creativas que aquí he conocido, esta historia no terminaría. Alguien, alguna vez, escribirá esa enciclopedia. Yo no. Yo vine de lejos, de los cerros de la Sierra. Me conecté con Usme a través de su gente. De esa familia adoptiva de redes y procesos y rumbas que aquí construí. O que ya existía y, más bien, me acogió amorosa. En medio de este bosque de afectos y resistencias, fui tejiendo mi palabra. Una palabra que hablaba de cuerpos comidos por los gusanos, de heridas profundísimas, de la guerra que me mordió el corazón, de una casa lejana, unas músicas de acordeones y un padre execrable. Con esos pocos elementos he hecho literatura. Es lo que hago, lo que espero seguir haciendo. En el 2011, con El Gato y Álex Ramírez publicamos tres

poemarios. El mío: *Memoria*, una mixtura de quimeras de esta memoria mía. En el 2013, con la arcilla de la vida, empecé a moldear una novela, *El último duelo del hombre pez*, que siete años después publicó Himpar Editores. Una novela que, en sí y yo no sé cómo, es milagro. Entre una cosa y la siguiente, saqué un título como profesional en Estudios Literarios, hice una Maestría en Escrituras Creativas. He trabajado nueve temporadas con la Gerencia de Literatura. Me abrieron esa puerta cuando se necesitó de alguien en el territorio que hiciera taller en Usme. He ganado algunos premios, publicado textos de todo pelambre. Soy escritor. Lo repito, me repito. Hago lo que me gusta. Me gusta escribir. Me hace feliz escribir. Por la escritura fui kamikaze. ¡A Santa Rosa o al otro lado del charco! Soy escritor las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, aun cuando no escribo. Escribo desde aquí, desde este punto de enunciación. Desde la calle setenta y siete, en la frontera sur de Bogotá. Escribo a la medianoche. Cuando se apaga la calle, le caigo al teclado. Mi horario se extiende hasta las dos, tres, cuatro de la mañana. Conticinio. No conocía la palabra, pero se la robé a una amiga usmeke. Dícese del momento en que la noche queda en silencio. Esta casa es ruidosa. El barrio popular siempre es ruidoso. Suenan alarma, bocinas, parlantes, vuvuzelas, carros, motos, culebreros,



predicadores. En el primer piso vive una mujer que grita de continuo. Pelea con su pareja, con una niña, con una perra. La perra se llama Charlotte. A veces deja a Charlotte en el patio y a Charlotte no le gusta y ladra todo el día. Los fines de semana, desde temprano, mi vecina escucha canciones de Patricia Teherán a todo timbal. Las canta con voz sentida. Los fines de semana no escribo. Veo fútbol, desayuno tamales, veo películas. La cinefilia es otra cosa incurable. Tengo más de trece mil películas en casa. Los libros son apenas la décima parte: mil trescientos. Un escritor debe ver cine, mucho cine. Si veo cine, pienso en estructuras narrativas, en historias, en diálogos, en cómo los directores construyen las escenas. El fútbol en cambio es la cosa más importante de las cosas sin importancia. Soy futbolero y eso no tiene remedio. De ahí sale mi lado más tribal, la conexión con mi hermano Jesús David. Un día me llamó. Acababa de terminar el bachillerato, había sacado la libreta militar y estaba un poco perdido. Ayúdame a conseguir trabajo, manito, y me voy a Bogotá, me dijo. Venga le digo, le dije. Vivimos juntos un año. Éramos dos extraños que solo tenían dos temas de conversación: el vallenato y el Junior. Jesu no es buen lector y yo desistí pronto de convertirlo a mi religión. Consiguió empleo en Irreal, un almacén sobre la avenida Santa Librada, como portero. Su misión: evitar

los robos. Tenía que vérselas con bandas de ladrones que le ofrecían dinero, parte del botín, hasta favores sexuales, si miraba para otro lado. Jesu aguantó el asedio. Intentaron meterle miedo, lo amenazaron, pero ese hermano mío era duro de roer. Una chica le rasguñó la cara. No cedió un milímetro. A la primera salida de rumba con los compañeros de trabajo, a los bares de La Marichuela, se regresó borracho a casa. En La Andrea le pegaron un golpe bien mataburros y le robaron la maleta. Se le llevaron apenas la coca del almuerzo, la billetera pelada y la libreta de militar. Jesu resistió un año más. Lo derrotó el frío, la nostalgia de la casa materna, las duras jornadas laborales, sobre todo en Navidad. Renunció a Usme, se devolvió a El Copey, estudió Derecho en la Universidad Popular del Cesar. Es padre de una bebé. Yo, en cambio, soy de los que no renuncian fácil. Si agarro la presa, no la suelto. Soy obsesivo, cabezadura, de dientes filosos. Prefiero quedarme, decidí quedarme. Mucha gente se va de Usme porque dicen que esto está muy lejos. Yo siempre pregunto, ¿lejos de qué? En este lugar me siento cerca de la ruralidad, del páramo, del agua, del llano, del corazón de la gente. El corazón. La gente. He ahí dos razones para quedarme. Desde el principio me gustó que Usme es un universo recién creado. No tiene abolengos coloniales, clases privilegiadas, ni tradiciones antiguas, aunque el

adjetivo ancestral esté de moda. Te quedas una semana y vez crecer su orilla. Notas cuántas casas nuevas, dónde emerge una miscelánea, una cantina, una pollería (nota al margen: escribir una poética del pollo asado). La mayoría de la gente de aquí no es de aquí. Llegaron ayer por la noche, esta mañana por la mañana. Se les nota en los acentos, en las historias que cuentan, en la música, en los sabores. Por ejemplo, en el primer piso de esta casa grande hay una pescadería. Atienden sus propietarios. Él es de Córdoba, ella del Huila. En un restaurante donde almuerzo, a la vuelta de la calle, la dueña es de Montería. En el local de al lado, donde venden los tamales más ricos del sector, la dependienta es del Caquetá. La mujer que me teje las trenzas, en una peluquería por La Marichuela, es de Maracaibo. De hecho, todo el *staff* es venezolano. Y así, y así. Usme es una colcha hecha de infinitos retazos que se sigue cosiendo a medida que la presión de la ciudad, del país, empuja gente a su frontera. Cada ola de migrantes trae algo nuevo, le aporta un color, una palabra a esta tierra. La venganza de la periferia fue convertir a Bogotá en una periferia central. Una suma de periferias. Por eso, en Usme nadie es dueño de nada. Lo sólido se desvanece, no le pertenece a ninguno. Eso democratiza la vida. Crea solidaridades, sinergias, conversa. Hay pobreza, claro, pero la carencia no define

nuestras vidas. La clase popular encuentra maneras, echa mano de recursividad, genera lazos para adaptarse mejor. Sabedor de sus limitaciones, el pueblo llano sueña con casas a su alcance, cajitas de fósforos, pagaderas a quince años en cuotas mensuales. Se levanta más temprano, le echa más ganas, resiste de mil maneras que las clases privilegiadas ni alcanzan a sospechar. Ser pobre, como ser víctima, no determina lo que eres. Sí determina los horizontes de posibilidad, la dimensión de los sueños, la cantidad de energía necesaria para romper la inercia de la escasez. Hay gente que se vence o busca salidas fáciles. Otros que luchan, cambian las reglas, se comen el mundo. De estos últimos conozco cantidades industriales. Verbigracia, la Bonitura. Una chica que, siempre en contravía, estudió cine, es productora de cine, hace cine. Como ella, hordas de jóvenes que se embuten en transmilenios retetos, para ir al trabajo, al estudio, a la esperanza. Chicos y chicas tan comunes, que son casi invisibles para las entidades y los antropólogos, siempre en busca de tribus urbanas, de ñeros puros, de parches ninís. Masa anónima, sin historia, para una narrativa de ciudad que solo puede contar estos barrios como escenario de catástrofe social, de violencias sin nombre, de peligros y salvajismos antiguos. Sí, hablo contigo, Gustavo Bolívar, que en *Pandillas, guerra y paz* mostraste las barriadas sureñas

como un pandemónium. Hablo contigo, Mario Mendoza, que en *Satanás* presentaste a Santa Librada y Monteblanco como lugares propicios para venir a matar gente. Hablo contigo, Gerly Hassam Gómez, que has hecho carrera como comediante a costa de vilipendiar la cultura popular a la que también perteneces. Hablo con tanta gentecita privilegiada que, desde su aporofobia galopante, repite mantras como: Qué miedo esa gente, Yo por allá no voy, Se le salió el estrato. Ya dije, yo digo y escribo estas cosas y otras, desde Usme. No necesito, como Andrés Felipe Solano, disfrazarme seis meses de pobre para contar cómo es que se vive con un salario mínimo. Yo he vivido con eso, con más, con menos, con nada. Aposté a ser escritor, aunque el verso trillado repita que es una mala elección, que el hambre te matará de hambre. Pero, ¿saben qué?, el hambre no me asusta. Ya estuve ahí. Somos amigos, le miro de lejos, le saludo. Me asusta más el éxito, así sea un éxito editorial chiquito. Olvidarme de dónde vengo, olvidarme de mis muertos, olvidar por qué fue que terminé escribiendo lo que escribo, esto que lees. Me asusta más acomodarme. Que vaya a escribir y me salga espuma, basura bienpensante, ideología de supermarket. Se lo digo en una entrevista larguísima a Vidal Romero. Vidal es grande, voluminoso, comunicador social. Vive en La Marichuela, trabajó un tiempo en *Las 2*

*Orillas*. Después montó su propia plataforma: *El Tiranosaurio Digital*. Hace de todo. Entrevista, transcribe, monta las notas, financia la web, toma las fotografías. Me emociona cuánto entusiasmo le pone. Pienso que las cosas se parecen a los dueños. Vidal es de un mundo más antiguo, jurásico, de cuando las cosas tenían valor, no precio. Nos encontramos en la panadería Coffe and Bread. Al café del letrado le falta una e. Es un caso común. Lo popular no quiere serlo. Bautiza sus lugares con nombres en inglés, los escribe mal, los pronuncia peor. La marca del café que preparan, le pregunté a la dependienta, es Juan Valdez. Yo compro en La Villetana en orden de prioridad: Tostao, La Bastilla, Lukafé. Nunca Sello Rojo. Nunca (nota al margen: escribir una diatriba contra el Sello Rojo). La chica me pregunta de dónde soy. Dice que el acento no le suena, que le suena raro. Yo digo que soy de Usme, que ya soy de Usme, y que preparo el mejor café de esta localidad. En verdad lo creo. Así lo escribí en un perfil. Si alguien lo duda, lo reto a que lo pruebe. ¡Gente del mundo, venid a mi casa por café! Ya sabéis dónde vivo. En una casa grande, esquinera, a una cuadra del Colegio Almirante Padilla. A tres cuadras del Puente de la Dignidad, a dos de la iglesia de Yomasa. Aquí he construido un nido con películas, café y libros para quedarme en Usme. Aunque, si lo pienso bien, Usme no existe, ni existe

el amor en abstracto. Yo amo a la gente que me hace amar a Usme, que me hace querer llamarle Usmekistán, para sentirlo más mío. Quiero este pedazo de tierra que me hizo querer quedarme, contarlo, contarles esta historia mía. Una que podría ser la de otra gente querida, querible, que desde estos sures lucha por ir a algún norte, por hallar un norte. Y bueno, como lo bueno pronto se acaba, aquí se acaba y aquí sigo a lo que sigue. Ya la vida me dirá si ser escritor y vivir en Usme no son consignas tan contradictorias.

# VIVIR EN EL BOSQUE

Mauricio Montenegro

1.

VIVIR EN EL BOSQUE ES SER CRIADO POR OSOS o por lobos. Vivir en el bosque es encontrarse, en cualquier momento, con casas embrujadas, o con una espada misteriosamente clavada en una piedra. Vivir en el bosque es retirarse en una cabaña de madera, como Thoreau, para pensar lejos de todo.

Yo empecé a vivir en el Bosque a los nueve años. Cuando llegamos, lo primero que hicimos fue comprar un pollo asado que nos llevamos al apartamento y nos comimos, sin platos ni cubiertos, sentados en el suelo de la sala. Luego llegaron los muebles, de color curuba con líneas negras, forrados en cuerina. En ese entonces todos sabíamos lo que era el color curuba. Por ser el único hijo varón, tuve mi primer cuarto propio. Estaba listo para una adolescencia salvaje en las canchas de microfútbol del barrio.



Pero como yo mismo no tenía nada de salvaje, y sí mucho de melindroso, fue más bien una adolescencia civilizada. De algún modo conseguí crecer en medio del bosque sin asilvestrarme. Cuando se apagaban las luces del Bosque, en las noches, el bosque vecino cobraba vida con el canto de las ranas y los pájaros nocturnos. Más allá de esa oscuridad, Bogotá me arrullaba con la promesa de un mundo más grande que aquel conjunto de apartamentos.

A los edificios del Bosque los llamábamos interiores. Y los interiores, numerados, hacían parte de entradas, también numeradas. El Bosque, por supuesto, aún existe; aunque no el Bosque que yo conocí. Su nombre completo es Bosques de San Carlos, pero nunca oí que nadie se refiriera a él con tanta formalidad. El Bosque es el Bosque, y ya. Las muñecas de la matrioshka son confusas al principio: el bosque que colinda con el Bosque, o que lo contiene, ha cambiado mucho con los años. Pero hacia afuera la matrioshka es más clara en el mapa: tanto el bosque como el Bosque hacen parte del barrio Gustavo Restrepo, que a su vez hace parte de la UPZ San José, en la localidad Rafael Uribe Uribe, al suroriente de Bogotá. En la muñeca más pequeña, un apartamento del primer piso del interior cinco, en la entrada definida por el color verde los edificios, vivía yo.

Muchas veces me he preguntado qué significó crecer en un bosque, en el Bosque. Es común hablar en las ciudades de parques o zonas verdes. En Bogotá se habla también de los humedales y los cerros. Menos común es hablar de potreros, aunque los haya por montones. Y luego están los bosques. La idea misma parece oponerse a la ciudad, al impulso urbanístico civilizador. En un curioso reflejo de compensación y culpa, muchos barrios, conjuntos residenciales y edificios son bautizados con nombres como bosques, campos, prados o colinas. Bosques de San Carlos fue llamado así porque un verdadero bosque lo rodea, lo contiene y lo define.

El conjunto residencial se terminó de construir en 1989; el bosque fue plantado en la década de 1940. En 1997, el bosque tenía 18.000 árboles en un área aproximada de diez hectáreas: pinos, acacias y eucaliptos, principalmente. Lo sabemos porque ese año fue declarado patrimonio ecológico por el Concejo de Bogotá. Apenas tres años después fue declarado también parque urbano y en 2003 recibió el pomposo título de Parque Metropolitano. Ninguno de esos rótulos importaba cuando cruzábamos el bosque con mi hermana mayor, en 1990, para ir a estudiar. Era solamente un bosque.

Vivir en el bosque es como ser caperucita roja.

2.

En 1719, el médico inglés Benjamin Marten publicó un tratado sobre la tisis en el que propuso una teoría novedosa: la causa de la consunción de los pulmones sería un ser maravillosamente diminuto, un animálculo capaz de sobrevivir en nuestro interior. Su teoría fue rechazada como absurda. Hacían falta casi dos siglos para que otro médico, ahora alemán, Robert Koch, probara ante la Sociedad Fisiológica de Berlín la existencia de un bacilo causante de la tuberculosis. El doctor Koch tiene también un papel en la historia de la lucha contra el cólera, magistralmente narrada por Steven Johnson en *El mapa fantasma*. Juntas, la tuberculosis y el cólera, diezmaron durante siglos a la población europea y de gran parte del mundo. El largo relato policiaco de su identificación, acecho y cacería es al tiempo apasionante y aterrador.

Una vez que hemos visto, gracias al microscopio, a estos espectrales animaculas viviendo en el interior de nuestros pulmones, quedan muchas preguntas por responder: ¿cómo llegaron ahí, para empezar? Pero, sobre todo, ¿cómo evitar que lleguen? Las primeras respuestas no podían ser sino ideas románticas, tratándose de la enfermedad que llegó a convertirse en el símbolo perverso de la inspiración poética. El tuberculoso, como el poeta, debía aislarse del mundo:

tomar el sol en un balneario, o baños termales en las montañas. Respirar el aire puro del campo. El solitario explorador romántico buscaba una doble curación, física y espiritual, a través del aislamiento y la purificación.

Hay una relación entre la historia del contagio y la historia de las ciudades. Más si hablamos, como cuenta Johnson, de las ciudades europeas del siglo diecinueve: ese diseño caótico de interacciones entre cientos de miles de extraños, hacinados y generalmente borrachos, sin alcantarillados que aislaran sus excrementos del agua potable. No hay para qué entrar en detalles. Huir de un escenario así, hacia los bosques, parecía una idea sensata.

Las ciudades medievales se habían enfrentado a estos asuntos de una manera más expedita y brutal: encerrando a los contagiados, especialmente a los leprosos, en un edificio o un espacio confinado que llamaron piadosamente lazareto, por san Lázaro. Estos lugares resurgieron, en el cruce del pensamiento científico y el imaginario romántico, como sanatorios. El sanatorio se presenta, amablemente, como un lugar para reposar: el aislamiento deja de ser un castigo para mostrarse casi como una recompensa. Los primeros sanatorios para tuberculosos, por supuesto alejados de la ciudad, casi como centros vacacionales, aparecieron en Europa en la década de 1850. Hacia 1890 llegaron

a Latinoamérica, desde Argentina, y fueron colonizando la imaginación médica mientras se perfeccionaban las terapias que allí tenían lugar.

Los sanatorios, como tantos servicios de salud para aquellas décadas, se sumaban a las infraestructuras dependientes de la voluntad, la caridad o el altruismo de un puñado de millonarios, especialmente terratenientes y comerciantes. Los lotes destinados para su construcción eran generalmente donados y muchas veces administrados por comunidades religiosas. Uno de esos millonarios, uno de los hombres más ricos del país a inicios del siglo xx, fue el señor Gustavo Restrepo Mejía. Antes de morir en agosto de 1940, a sus setenta años, Restrepo, que nunca se casó ni tuvo hijos, dejó instrucciones claras en su testamento para construir un sanatorio para tuberculosos en Bogotá. Si él mismo había sufrido la enfermedad, que en la época se ocultaba con vergüenza entre las clases altas, o si la había sufrido un ser querido, nunca lo sabremos. Pero entre las instrucciones dejó un nombre para la obra que encomendó: San Carlos, en memoria de su madre, Carlota.

La lucha contra la tuberculosis fue una lucha desigual contra un enemigo invisible que tardó siglos en revelarse. Durante mucho tiempo no supimos a qué nos enfrentábamos, o de qué debíamos huir, o cómo podíamos resguardarnos.

Promediando el siglo pasado sabíamos algo más sobre su propagación por el aire, sobre las formas de transmisión al contacto con quienes la padecían. Una red difusa de microscopios, pañuelos, saliva y escupideras tomó el lugar de lo invisible, para dar alguna forma reconocible al *Mycobacterium tuberculosis*, o bacilo de Koch. Otra red, más densa, de enfermeras y sábanas limpias, vajillas de electroplata y regímenes de ejercicio, se había ido formando en los sanatorios como la primera línea de defensa contra la enfermedad.

En Colombia, la Junta Central de Higiene había ordenado, en 1896, el aislamiento de los enfermos en pensiones, cárceles y cuarteles. En 1916 se decretó la construcción de pabellones especiales para el aislamiento de tuberculosos en los hospitales generales. En 1942 se fundó el Hospital Antituberculoso Santa Clara de Bogotá, en la Avenida Caracas con Calle 1, que sin embargo no estaba diseñado para las largas estancias que las terapias de recuperación exigían. El primer sanatorio dedicado a esta tarea en el país sería el San Carlos.

Tras la muerte de Restrepo, la Junta creada para administrar su herencia emprendió la búsqueda de un lote amplio y aislado de la ciudad para iniciar la construcción del sanatorio. El encargado de escogerlo fue el médico estadounidense Esmond Long, presidente de la Liga Antituberculosa

Panamericana. Long consideró un lote en el sector de Niza, pero desistió al prever la urbanización de la zona. Al final se decidió por un lote conocido como Potrero de las Flores, parte de la Hacienda Llano de Mesa, propiedad de las hermanas Lía, Zoraida y María Jaramillo. O sea: un potrero.

Al lote original, de 20 fanegadas, se agregó la compra de 45 fanegadas más, proyectadas como zona de aislamiento, ante el pánico de los ciudadanos que leyeron sobre el proyecto en la prensa. La obra tardaría ocho años en completarse. El edificio principal y varios anexos están ahí, en pie, para quien quiera verlos. Es un edificio de ocho pisos de ladrillo recocido, casi amarillo, diseñado por la firma Cúellar, Serrano y Gómez. Sus primeros años debió parecer un palacio, con paredes de mármol rosado traído de Bélgica, pisos pulidos y esquinas torneadas. Los pacientes internados seguían unas rutinas estrictas de descanso entre la sala de lectura, las terrazas para tomar el sol, la capilla, una sala de cine en el octavo piso y un restaurante que preparaba comida de cinco estrellas, de acuerdo con los testimonios recogidos por Mario Hernández y Martha Luz Ospina en *Recuerdos del olvido. Memorias del Hospital San Carlos*.

Pero lo que más me interesa de esta historia sucedía afuera de aquel edificio, en la llamada zona de aislamiento, más allá de la planta de purificación de aguas. Aunque

muchas hectáreas separaban todavía al sanatorio de las áreas pobladas de la ciudad, con la excepción de quintas y casas campesinas dispersas, el objetivo era crear una barrera natural de purificación del aire: un bosque. Y como nada debía dejarse al azar, la Junta contrató al ingeniero y geólogo alemán Hans Block, que vivía en Bolivia, para diseñar la arborización. De manera que un ingeniero, que trabajaba en las plantas de tratamiento de las minas de plata de Potosí, caminó seguramente sobre el Potrero de las Flores midiendo con sus pasos la distancia ideal entre pinos cipreses australianos, calculando la altura que alcanzarían con los años y comprobando la acidez y la alcalinidad del suelo.

Cuando el sanatorio abrió sus puertas, el 25 de agosto de 1948, los miles de árboles sembrados en casillas simétricas debían alzarse apenas un par de metros, como un bosque enano y paradójico. Paradójico, porque era el resultado razonado de un cálculo, el epílogo de un proyecto moderno asesorado por expertos gringos y europeos, pero su destino era convertirse con el tiempo en el límite *natural* de la expansión urbana, en un resguardo primitivo de oxígeno, el mismo oxígeno que debía producir como una fábrica más en la imaginación eficiente de la Junta.

Pero al tiempo que Block consideraba la orientación de los vientos que propagaban por la sabana la saliva de los



pacientes del San Carlos, en octubre de 1943 el doctor Albert Schatz desarrollaba la estreptomicina en un laboratorio de New Jersey. La era de los antibióticos incursionaba en la lucha contra la tuberculosis. Para la década de 1950, los tratamientos ambulatorios con antibióticos habían desplazado a las terapias intensivas en Europa y Estados Unidos y los sanatorios pasaron a hacer parte de la historia de la medicina. Latinoamérica se unió a la tendencia en la década de 1960, cuando el San Carlos empezó a quedarse sin pacientes. El testamento de Gustavo Restrepo había llegado demasiado tarde.

3.

También yo llegué tarde a esta cronología del aislamiento. Para mí, el San Carlos era solo un hospital abandonado, y no conocí su historia hasta muchos años después de vivir en el Bosque. Si la intención original era crear un espacio retirado para aislar a los pacientes tuberculosos, para los años noventa era el propio hospital el que se ocultaba como un paciente terminal detrás de unas rejas descuidadas. A mis vecinos del barrio y a mí nos magnetizaba: era como una fortaleza gótica poblada de fantasmas, almas en pena, ladrones y marihuaneros. Algún secreto del mundo adulto parecía ocultarse ahí como en un búnker.

El hospital había llegado a esa situación mientras era rodeado por la ciudad de la que había intentado aislarse. Para 1960, la misma década en la que empezó a quedarse sin pacientes, las llamadas invasiones de viviendas informales avanzaron desde la parte alta de la colina que servía de frontera al sur del hospital. Con el tiempo, esos serían los barrios La Resurrección y Granjas de Santa Sofía. La torre de la iglesia de La Resurrección se asoma a la colina como una señal de victoria. La Junta, que se había convertido en Fundación, y seguía administrando la herencia de Restrepo, empezó a vender lotes que iban mordiendo el enorme terreno inicial para recuperar parte de lo perdido con el declive del hospital.

En su apogeo, el sanatorio había llegado a hospedar a 400 pacientes, pero para 1974, cuando se decidió a ofrecer servicios de consulta externa, como un hospital general, tenía apenas capacidad operativa para unos 200. Como aumentaban sus deudas, al iniciar la década de 1980 la Fundación arrendó un edificio anexo al Instituto del Seguro Social, que años después operaría desde el propio edificio central. Pero las principales alternativas financieras seguían dependiendo de los terrenos del bosque, y en 1984, tras arduas negociaciones con el entonces alcalde Augusto Ramírez Ocampo, la Fundación cedió al Distrito un área de 92.000 m<sup>2</sup> para la creación de un “parque ambiental y recreacional”. La

contraparte: obtener permiso para urbanizar y construir otro lote, contiguo al cedido. Ese es el origen de la urbanización Bosques de San Carlos. O sea: el Bosque.

El Bosque construido a expensas del bosque fue apenas una muestra de la expansión incontenible de la ciudad. Otros barrios surgían en los ochenta o habían surgido en los setenta, rodeando al bosque desde el oriente (Sosiego Sur, Country Sur, San Luis), desde el norte (San José), desde el sur (Pijaos, La Resurrección, Granjas de Santa Sofía) y desde el occidente (Gustavo Restrepo, Granjas de San Pablo).

En 1993, cuando el Hospital San Carlos se declaró en quiebra, dejó de operar y quedó bajo el control del Ministerio de Salud, yo tenía trece años y atravesaba el bosque casi todos los días, adivinando al fondo la sombra enorme del viejo edificio abandonado. Los caminos que cruzaban el bosque no estaban pavimentados ni cercados ni demarcados: eran apenas senderos visibles por el trazo de pisadas constantes sobre la tierra. En invierno eran barrizales que se superaban con piedras puestas aquí y allá; a veces incluso con tablas que llevaban los más emprendedores para cobrar un peaje por el paso. Como el tránsito entre barrios era necesario, estábamos colonizando esas rutas en un paisaje agreste. Mis hermanas, por ejemplo, estudiaban en un colegio en el otro extremo del bosque.

Ahora pienso que a nuestro paso íbamos domesticando partes del bosque, conquistándolas con la imaginación, de manera que se hacían habitables o transitables. Los que tenían espíritu de atletas fueron abriendo senderos para trotar, circuitos que más tarde fueron demarcados con piedras o arena. Algunos de esos hombres y mujeres que se levantaban a la madrugada para entrar al bosque en penumbra, sin ninguna iluminación pública, a correr con los pulmones plenos de la alegría que se oculta en el aire frío de la mañana, siguen haciéndolo ahora, treinta años después. Otros, como mis profesores de educación física, decidieron que el bosque entero era su gimnasio: varias decenas de adolescentes nos lanzábamos al ascenso de la colina sur, entre matorrales y jadeos, para intentar coronar el perfil de la iglesia de La Resurrección. A veces encontrábamos ratas, entre el júbilo general, y los más temerarios les arrojaban piedras.

En el bosque aprendí, a mi pesar, a cocinar papas saladas en un papel aluminio sobre una hoguera. Era uno de los trucos de supervivencia que debíamos dominar los lobatos en el grupo de *boy scouts*. Y aprendimos a saltarnos las rejas del área del hospital, en donde había una cancha de fútbol, también abandonada: los vigilantes, o quien estuviera a cargo, clavaban estacas a lo largo del campo para que nos resultara más difícil jugar, pero aun así lo hacíamos.

Mucho tiempo después, cuando el bosque se hizo parque metropolitano, se construyó una cancha pública de fútbol de césped sintético, marca registrada de cierto exalcalde.

Un poco más cerca de las torres de apartamentos estaban las canchas de baloncesto. En el juego de los jóvenes se colaban un par de adultos. Uno de ellos era mi papá, que los asombraba a todos con su juego de otros tiempos y sus ganchos certeros de tres puntos. El otro, que normalmente capitaneaba el equipo opuesto, era un hombre que todos conocíamos como El Tigre. Creo recordar que era instructor de artes marciales. Siempre que fallaba un lanzamiento repetía su eslogan: “No todas las veces caza el tigre”. En esa misma cancha me atreví a coquetear con una vecina que paseaba siempre a una perra bóxer; yo llevaba como anzuelo al perro de mi hermana, y funcionó. Ese límite entre el Bosque y el bosque se convirtió en el campo de pruebas de mi educación sentimental.

Ir y venir entre civilización y barbarie es la marca de la juventud. El bosque, planeado por ingenieros y patólogos, civilizado a la fuerza, había entrado medio siglo después en su juventud salvaje, a la sombra de los pinos que ya alcanzaban los treinta metros de altura. El avance de la ciudad empujaba las fronteras del bosque, enfrentando a un caos controlado de hojas secas, ramas quebradas, hongos, raíces y roedores,

con otro caos, impredecible, de escombros de construcción y mitos urbanos, de puñales artesanales y ladrones de poca monta. Los bosques son lugares peligrosos; bastante nos han prevenido las fábulas de todos los tiempos. Yo no lo terminé de entender hasta que, siendo un adolescente atolondrado, fui atacado por dos niños que debían rondar los diez años: se llevaron mi gorra, blanca y roja, con el logo de un equipo de fútbol americano, Alabama Crimson Tide. Yo no había visto nunca un juego de fútbol americano ni sabía lo que era Alabama, pero en aquel tiempo atesorábamos esas gorras, que por alguna razón llamábamos “vascas”, y que si eran “originales” debían tener ocho líneas de hilo bordado en la visera.

Mientras el bosque reclamaba su naturaleza, lo más cerca que estuve yo mismo del lado salvaje fue cuando cedí al instinto pendenciero. Como el colegio quedaba a pocas cuadras del bosque, las peleas que se casaban en los salones se resolvían en un caño seco entre los árboles, una especie de foso que permitía a los espectadores ver las peleas desde arriba. La única vez que peleé en mi vida, o que recibí un par de puños, más exactamente, sucedió en ese lugar que aún recuerdo con el detalle de la luz filtrándose entre las hojas alargadas de los eucaliptos.

Desde el aire, el bosque es un parche negro en medio de la intensa iluminación urbana. En alguna parte leí que,

ante la sobrepoblación del planeta, la oscuridad debía preservarse como un patrimonio. Muchos animales, por ejemplo, la necesitan para sobrevivir: los pájaros no logran orientarse fácilmente en un cielo contaminado por la iluminación artificial. Seguramente los animales humanos necesitamos también esa oscuridad perdida, aunque solo fuera como referencia de la luz. Yo la necesito, y a veces la busco en los recuerdos, en el bosque que tantas veces crucé cayendo la tarde, cuando aún no era, como hoy, un parque con caminos y postes de luz. Ese patrimonio de oscuridad en la memoria me da una especie de seguridad ontológica.

4.

El paciente más célebre del Hospital San Carlos ingresó con un nombre falso y solamente durante un par de horas, en los primeros días de junio de 1965. Para entonces, el sanatorio ya buscaba convertirse en un hospital especializado en enfermedades pulmonares. Efraín González, que apenas tenía 32 años, había llevado sin embargo una vida dura, de largas jornadas huyendo del Ejército al sol y al agua, durmiendo a la intemperie. Era el hombre más buscado del país, y estaba sufriendo de los pulmones.

También era el hombre más temido. Y el más admirado. Tenía un prontuario de decenas de asesinatos a cuestas, despojos de tierras a terratenientes liberales y secuestros a personajes notables. Pero mucha gente lo reverenciaba, incluyendo sacerdotes y congresistas, y tenía apoyo popular: la gente hacía colectas en Chiquinquirá y en Puente Nacional para financiar su cruzada, y muchos decían que era invulnerable, que podía convertirse en piedra o en árbol para evitar ser atrapado.

La novia de Efraín, Cleotilde Mateus, que entonces estaba presa en la cárcel del Buen Pastor, vivía en una casa del barrio San José, en la carrera 14 con calle 26ª sur. Allí se hospedaba Efraín tras su paso por el Hospital San Carlos, cruzando el bosque, cuando el 9 de junio la casa fue atacada por el Ejército. Gonzalo Sánchez y Donny Meertens cuentan así la historia en *Bandoleros, gamonales y campesinos*:

*Con inusitado despliegue, transmitido por radio a todo el país, centenares de soldados, de agentes de policía y de los cuerpos secretos se apostaron en los alrededores, equipados con armas de todos los tipos, incluyendo tanques y ametralladoras. Al cabo de cinco horas de combate durante las cuales, según el Jefe del Estado Mayor del Ejército, se hicieron alrededor de 70.000 disparos, el*



*entonces coronel Matallana, encargado de la operación, dio el parte de humillante victoria. En efecto, la multitud de más de diez mil personas que invadió la zona lanzaba vivas al bandolero y gritaba “asesinos” a los agentes.*

En las fotos de la prensa de la época pueden verse, de hecho, los soldados asustados tras los tanques y las ametralladoras, con el fondo impasible de los árboles del bosque. Que esta escena tuviera lugar en los mismos años en que la herencia de Gustavo Restrepo se empezaba a vender por lotes para urbanizar, enfrentando la crisis de un hospital que se quedaba sin pacientes, ante una enfermedad que se iba quedando, también, sin enfermos, me hace pensar en la simetría con la que concurre el fin de una era. Las decenas de miles de árboles que habían crecido pacientemente para servir, como se esperaba, de barrera natural de purificación para los enfermos, eran vistos ahora como obstáculos para los constructores, los planificadores urbanos y el coronel Matallana. Un giro de la Historia que le daba al bosque, por ahora, una *humillante victoria*.

5.

En el Pleistoceno, el territorio que hoy conocemos como sabana de Bogotá era una inmensa laguna sobre la base de una formación geológica que los expertos conocen como Tilatá, mezcla de arena, cascajo, arcilla, diatomita y caolín. Estudiando el polen cautivo treinta metros bajo la superficie, el geólogo Thomas van der Hammen encontró frutas fósiles de *Hümiria cipacononsis*, pariente de las moras silvestres, tal vez algunos de los primeros arbustos que crecieron en la parte alta de la sabana cuando el agua empezó a retirarse. Ya en el Holoceno, es posible imaginar un paisaje poblado de eneas y helechos de agua y, mucho después, una dispersión de bosques enanos coronados por arrayanes.

Sabemos que las comunidades indígenas que habitaron la sabana sembraron maíz, habas, tubérculos que hoy desconocemos en su mayoría y llamamos papas. Para entonces ya crecían nogales, también, y es posible que los tapires de montaña, que se habían separado de sus parientes amazónicos en el Plioceno, fueran la principal carne de monte. Podemos hacernos una imagen del lugar que hoy ocupa Bogotá cuando la conquista española exterminó o expulsó detrás de los cerros a los primeros pobladores. Durante la Colonia, algunas familias criollas se hicieron con el poder y las mejores tierras. No es difícil suponer que las hermanas

Lía, Zoraida y María Jaramillo, propietarias del Potrero de las Flores, en la Hacienda Llano de Mesa, fueran herederas de esa estirpe.

Pocos años antes de que Van der Hammen iniciara sus estudios geológicos en suelos bogotanos, el doctor Esmond Long había decidido que el Potrero de las Flores podía ser un buen lugar para un sanatorio de tuberculosos, y el ingeniero Hans Block había proyectado un bosque que aislara al lugar de una futura expansión urbana.

Cuando yo crecí en el Bosque, cientos de metros de tierra se habían asentado bajo mis pies desde el Pleistoceno, y los pinos que habían estado creciendo por medio siglo ya eran más altos que cualquier árbol que hubiera crecido allí antes. Las raíces de muchos árboles, se sabe, pueden ser casi tan profundas como altas son sus ramas. Ese mundo subterráneo, que no es menos real porque no lo veamos, también tiene una historia. Las raíces que alimentan el árbol son tan importantes como sus ramas en la producción del oxígeno.

¿Cuánto tiempo puede vivir un bosque de pinos? ¿Cuánto tiempo un conjunto de apartamentos, un barrio residencial, una ciudad? Yo fui parte de la primera generación en vivir en los apartamentos del Bosque; tal vez han pasado dos más hasta ahora. ¿Cuántas generaciones de habitantes del bosque han pasado, entre pájaros y alimañas?

De acuerdo con el Jardín Botánico de Bogotá, actualmente hay más de un millón trescientos mil árboles en la ciudad, especialmente saucos, jazmines y acacias. Los casi 20.000 que hay en el bosque de San Carlos se han ido diversificando desde los tiempos de Block y gracias a los vecinos organizados: desde finales de los noventa se han sembrado guayacanes, sangregados y otras especies para reforestar y proteger el bosque. Y ese renacimiento fue simultáneo con el del Hospital. En 1995 se declaró al edificio Monumento Nacional, incluyendo “el bosque aledaño como área de influencia del Monumento”. Pocos años después, el edificio principal pasó a manos del Seguro Social y se abrió la Clínica Carlos Lleras Restrepo. Hoy funciona allí la Fundación Hospital San Carlos, y hasta hay un museo médico especializado, muy poco visitado, hay que decirlo.

Un lugar que por siglos fue un potrero es hoy un parque metropolitano con juegos infantiles, senderos, canchas deportivas, quioscos, alamedas, mesas con sombrillas. Pero entre esos dos momentos ha sido muchas cosas más: un refugio para bandoleros conservadores que sufren de los pulmones, un semillero de atletas de la maratón, un ring de boxeo para masculinidades frágiles.

Bogotá es una ciudad tan diversa, tan llena de historias y posibilidades, que uno puede crecer en medio de un bosque,

en el Bosque. Para mí, el Bosque estará siempre asociado a mi juventud, al barrio. Cuando lo dejé, al graduarme de la universidad, para irme a vivir al centro de la ciudad, la vida adulta quedó ligada a calles de andenes angostos, colmadas de ventas ambulantes, bocinas y taxis ocupados. La ciudad y el barrio son dos cosas bien distintas, como todos sabemos, aunque la ciudad esté formada por barrios.

Hoy, cuando escribo esto desde un apartamento en Chapinero, no puedo evitar pensar en las formas del destino, encarnadas en este caso por los hermanos Restrepo, Gustavo y David. Hace un siglo, los hermanos Restrepo eran dueños del Almacén Calle Real, tenían acciones en el Banco de Bogotá, Cementos Diamante, la Compañía Colombiana de Seguros; tenían lotes y edificios por todo Bogotá, y pasaban el tiempo entre París y Londres. Cuando Gustavo murió, dejando en su testamento las instrucciones para construir el Hospital San Carlos, David decidió no quedarse atrás y, en 1948, fundó la Clínica de Maternidad que llevó su nombre y que funcionó hasta hace pocos años, a tres cuadras del lugar en el que vivo. Ahora es también un edificio abandonado, un vestigio moderno, como aquel otro hospital de mi adolescencia, y cada mañana, cuando paso por ahí de camino al trabajo, recuerdo la sombra del San Carlos.

El Bosque y el bosque me hicieron lo que soy, para bien o para mal. Y tiene sentido, ahora que lo pienso, que el origen del bosque estuviera marcado por la ilusión científica del aislamiento: un lugar diseñado para aislar y para aislarse, como Thoreau en su cabaña. Un bosque domesticado para una purificación ritual, asediado desde dentro y desde fuera por el crecimiento, la propagación y la exuberancia. Un bosque que resguarda, como si fuera una casa encantada, a un hospital hecho a destiempo.

A veces me pregunto si vivir en el bosque, el lugar proverbial de lo incivilizado, de lo salvaje, me preparó mejor para la supervivencia en la ciudad. Nunca he vuelto a cocinar una papa en un papel aluminio, como los *scouts*; pero sí vuelvo, siempre, a respirar profundo bajo la sombra de un árbol, de cualquier árbol, asombrado de vivir. Vivir en el Bosque fue, para mí, crecer en el asombro.

# SE HABITA Y SE CAE

Laura Ortiz Gómez

*Hoy la casa de mi infancia  
ya no existe ni hace falta  
yo la llevo bien adentro en mis entrañas.*  
Fito Páez

VAN A DEMOLER LA CASA. MI ABUELA ME DICE que tiene un cartel enorme que lo anuncia. Agrega que, como el lote es tan grande, *los apartamentos van a ser muy buenos, regios*. Mi tía la llevó para que la viera una vez más. Andaban por el barrio haciendo alguna diligencia y se les ocurrió pasar. Se pararon ahí las dos, frente al patio, que alguna vez estuvo florecido de hortensias azules y ahora es una loza de cemento: un parqueadero sin gracia y enrejado. Ahí colgado, un enorme cartel con el anuncio de obra: un desalojo del país del pasado.

Me las imagino clavadas en el andén. Veo a mi abuela ahora más bajita que su hija: encogida pero enorme. Tratando de pararse firme. Mi abuela seguramente tuvo un diálogo interior con su propia vida. Con el fantasma de todo lo que fue.

Los años le debieron cabalgar frente a los ojos. La vida que le dejó manchas en las manos. Esas manos arrugadas, que, cuando se las ve, aún le impresionan. *Yo fui muy bonita. No, hija, es que envejecer es muy duro. Yo me miro en el espejo y no me reconozco. ¿Quién es esa viejita que me mira de vuelta?*

Me pregunto si las familias que van a vivir unas sobre otras en propiedad o en arriendo podrán sentir los ecos de la vida de mi abuela. Si alguien tendrá miedo de quedarse solo en la noche, porque podrá presentir una vida que quedó agazapada en la memoria de ese espacio. ¿Escucharán las señoras los ruidos de la pastelería de mi abuela? ¿El chirriar del triciclo de metal que pasó por dos generaciones? ¿Se les llenarán las narices con el olor a buñuelo de queso costeño, con el olor a hojaldre recién horneado? ¿Escucharán los villancicos en inglés de mi abuelo, la diatriba de mi papá borracho prendiendo la mecha del volador con la colilla del cigarrillo? ¿Verán la luz fantasma de una chispita mariposa? ¿Podrán oír la explosión?

\*\*\*

Tengo 36 años y me estoy separando. O mejor decir, me separé. No sé cómo se conjuga ese verbo. ¿Cuándo se termina una separación?, ¿cuando el otro se va de la casa?, ¿cuando



no duele más?, ¿cuando se evapora la culpa?, ¿cuando no queda ni una traza de arrepentimiento? Y una pregunta más misteriosa aun: ¿Cuándo comenzó la separación? ¿Se puede rastrear el punto exacto de fractura o es más bien un proceso invisible y constante? Un goteo insistente que termina por abrir una grieta en la tierra común. Donde hubo un país ahora hay una frontera.

A todo el mundo le digo lo mismo: *Nos separamos en buenos términos, nos queremos mucho, no es culpa de nadie*. Pienso que puede ser mi primera mentira de recién separada. Un impulso de caer bien parada, de verme ecuánime frente a la pérdida. Un impulso de lavarle la cara al supuesto fracaso de no hacer durar una relación cuando los óvulos están secos, uva pasa, próximos a colapsar. Tengo esta cara inocultable de que no voy a ser madre, y esto misteriosamente parece ser un fracaso colectivo. Incluso para gente que no me conoce.

Lo cierto es que el tema de la casa fue la gran tensión. En medio del dolor, apareció la pregunta muy rápido: ¿Quién se queda y quién se va? La vida inmobiliaria en Buenos Aires es rapaz. De lo más mezquino que vi. Conseguir un departamento a un buen precio, siendo migrante, es imposible. La especulación crece al mismo ritmo que la inflación. Los billetes valen menos, tener un techo encima vale más. No cierran las cuentas.

En las separaciones no cierran las cuentas, ni los cuentos. Hay que aprender a vivir con la certeza de que ya no hay un relato en común. ¿Pero qué pasó? Pregunta todo el mundo con carita compungida. No sé, señora, depende a quién le pregunte.

Pasó la vida. Nunca cierran las cuentas.

Voy a volver a Bogotá. Tengo que desarmar una casa, siete años de una nueva yo y meterlo en dos maletas. Y aterrizar en una vieja yo. En este proceso me ha dado por comprar libros compulsivamente, lo cual es estúpido. Pienso con angustia en las dos maletas y compro libros. Me excuso a mí misma diciéndome: *Pero estos libros no los consigo en Bogotá.* Es mi segunda mentira de divorciada. Ahora también trabajo más, trabajo como loca, y no cierran las cuentas. Creo que el deseo de libros nuevos está escondiendo otro deseo más triste: quisiera comprar tiempo para leer. Pero como no puedo comprar tiempo, compro libros.

Dejo las cuentas cojas.

Me quedé sin casa.

Tal vez mi casa era la historia en común. Los apodos secretos. La memoria compartida. ¿Te acuerdas del día en que nos iban a robar en el parque Lezama y tú los amenazaste con la botella de cerveza? Ya no hay nadie a quién hacerle esa pregunta en la cama. Ahora probablemente soy la mala

en el relato de otro. Y no lo soporto. Quisiera abrir esa narración con una navaja e insertar la mía. A la fuerza hacer coincidir las historias: *Nos separamos en buenos términos, nos queremos mucho, no es culpa de nadie.*

\*\*\*

Ahora que me separé, sueño a menudo con la casa de mi abuela, está encarnada como una uña en mi inconsciente. La casa es un fantasma, una marca, para tres generaciones de mujeres de mi familia. Le pregunto a mi mamá cómo era el teléfono de La Castellana y responde sin dudar: 2363054. Dos-treinta y seis-treinta-cincuenta y cuatro.

Marco desde mi celular en Argentina.

*Esta llamada no puede ser realizada, indique número de área.*

\*\*\*

Le pregunto a mi abuela si sueña con su casa, me responde que no se acuerda.

Mi abuela se llama Esperanza y es como la esperanza: una planta verde que florece contra todo pronóstico. Una mujer feral, recia, criada por monjas. La penúltima de diez hijos. Nacida en 1927 en Chinchiná, Caldas. Dejó a tres

hombres en el altar y se enfrentó a mi abuelo para usar anticonceptivos. Le decía: *Tranquilo, la que se va al infierno soy yo*. Una mujer que sabía todas las artes domésticas, pero que las convirtió en una fuerza productiva indomable. Como tantas otras mujeres colombianas, mi abuela tomó las artes de una ama de casa y las volvió emprendimiento. Hizo billetes al subvertir el mandato. Mi abuela también carga con un catolicismo invertido por el ingenio, cruzado con grosería y con chistes. Con gracia. Quisiera pensar que me parezco a ella. Que soy feral y descarada, y que soy capaz de dejar hombres sin mirar atrás.

Le pregunto si le duele haber vendido la casa.

Ella solo contesta: *Ahí fui muy feliz*.

Mi abuela tiene 95 años, ha visto el mundo venirse abajo muchas veces. Que su casa sea ahora un mini-multifamiliar tal vez no le parezca lo peor, sino lo más natural. Esperanza comprende la entropía del mundo, de la ciudad. Ella entiende profundamente la medida del desorden de un sistema. Todo tiende a la muerte, incluso ella misma.

\*\*\*

Esperanza viajó a Bogotá por primera vez en 1949, iba a comprar el ajuar para su matrimonio con un señor que se llamaba

Efraín. Ya había pasado el Bogotazo y la ciudad se hacía la desentendida. La “esto no es conmigo”. La “quién te ha visto y quién te ve”. Poniendo la mirada en otro lado, en cualquier lado que no fuera el campo, ni la Violencia, así en mayúscula. La capital la deslumbró: *Bogotá era deliciosa... estupenda. No era como en Manizales que todo el mundo lo conocía a uno. Que si uno no estaba en club, que si no tenía finca, no era nadie.* Estando en Bogotá se dio cuenta de que no quería a ese tal señor Efraín. La señal para ella fue clara: *Cuando me daba la mano, yo se la quitaba.* Rompió el compromiso con ese hombre y pensó, ojalá un día yo viva en esta ciudad donde una puede ser sin la mirada maliciosa, socarrona, maluca, de las vecinas.

¿Será el amor algo corporal? ¿Se ama con el cuerpo? Después de siete años de relación, mi impulso también era quitar el cuerpo. Quitar la mano. Nos fuimos dopando, nos sumergimos en una anestesia de noticieros a la noche y el maullido cándido de la gata. Nos transformamos en una especie de testigos silenciosos, irritables, de la vida del otro. El deseo se extravió rápidamente, entre la complicidad de una relación casi fraternal.

Tengo miedo de volver a Bogotá, se me parece a la Manizales de Esperanza. Una sarta de personas preocupadas por la proveniencia: ¿Y de qué colegio saliste? ¿En qué universidad estudiaste? ¿Y en qué trabajas? Esa vigilancia de clase que

se ejerce en cada conversación. Tengo miedo del miedo: de sentir el corazón roto por la miseria y al mismo tiempo tener susto en cada músculo. Tengo miedo de apurar el paso y mirar a los costados. De sobrevivir a punta de prejuicio. Temo estar atascada en un trancón infinito mientras llueve. Inhalar el vapor de la frustración de todos, en un perverso vagón de Transmilenio. Tengo miedo de la mirada ladina de las amigas casadas, de poder leer en sus ojos la frase: pobrecita, siempre fue medio loca. Que le tomen la mano al marido, mientras me miran con pesar.

Mi hermana me dice: *Laura, desde que me acuerdo, toda mi vida, la gente habla de Bogotá peor de lo que es. ¿Se acuerda que usted estaba obsesionada con el caos de Bogotá en la adolescencia? Escribió un libro de poemas que se llamaba Bacatá. Piense que también vuelve a eso.* Nos reímos al mismo tiempo con una carcajada. Me encandilo. Aunque mi hermana ya no vivirá nunca más conmigo, mi casa es también el archivo mutuo que nos tenemos. Ella guarda todas las que fui, yo guardo todas las que fue. Y cada esquina del barrio es una biblioteca de las que fuimos.

Me veo de quince años frente al Terraza Pasteur, miro hacia arriba con la pupila dilatada. El azul azulísimo me encandila. Tengo un collar que hice con semillas de eucalipto, tengo un gabán de segunda mano. Tengo a un Rimbaud

rojo en mi corazón. Creo que la poesía subvierte el mundo y estoy enamorada de Fito Páez. Compró libros en Merlín y me siento ultra-transgresora. El centro de Bogotá es el centro del universo. Soy una niña nadaísta y debería ser excomulgada. La ciudad ruinosa, tercermundista, orillera, estridente, pobre, otra y puta me parece más interesante que Nueva York. *Nunca vi New York, no sé lo que es París* y no me interesa. A los quince años “senté a la belleza sobre mis piernas y la encontré amarga, y la injurié”.

Ya no tengo quince años y no he sido capaz de releer *¡Que viva la música!* Por miedo a encontrarla ridícula y dolorosamente ingenua. Me entenece la cartografía de mi memoria, me desgarrá esa niñita con ínfulas de adulta. Yo ya es otra. Bacatá la fascinante ya no existe. A los 36 años, temo a Bogotá la camandulera, la arribista, la que necesita diferenciarse a toda costa y poner una etiqueta de estrato a fuego sobre la frente. Temo a Bogotá la vigilante, la muy pretenciosa.

\*\*\*

Esperanza hizo lo que quiso y también lo que pudo. Otras dirían que estaba medio loca. Se casó a los 27 años con mi abuelo Emilio, cuando ya todos la daban por solterona. Se

casó con un abrigo azul. La torta, no sé por qué, era una réplica del Arco del Triunfo. Hizo la misa por la mañana para evitar mirones y bla bla bla. Su mamá no fue al matrimonio. Ella nunca preguntó por qué.

Se le hizo el milagro y terminó en Bogotá.

Mi abuelo era lector voraz y anticomunista. Ingeniero civil de la Universidad del Cauca. Le gustaban los cantantes de baladas y jazz, escuchaba a Frank Sinatra, pero prefería a Nat King Cole y a Nina Simone. Nunca leyó *Cien años de soledad*. Mi abuela, por supuesto, leyó la novela “comunista” a escondidas.

Mi mamá dice: *Mi papá era lo más cercano que se puede ser a un monje budista en Colombia.*

A mí también me gusta el jazz. A los doce años, llegué triunfal a un almuerzo de domingo con un prendedor del Che Guevara, eran los tiempos de crearme poeta maldita, de mi obsesión con Bogotá, de ponerme un abrigo rojo de segunda que compré en el pulguero de la 24 con Séptima. Mi abuelo no dijo nada. Solo sonrió con una sonrisa secreta.

\*\*\*

En 1964, después de mucho rezarle a Santa Ana, a mi abuela se le hizo el milagro de la casa propia. Ella, con



cuatro hijos, llevaba ya diez años de casada, y decía por los rincones: *Ay, miijo, qué dicha tener una casita*. A lo que él invariablemente respondía: *Mija, ¿con qué? Eso es pa' ricos*. Un día cualquiera Marielita Gómez le cuenta a Esperanza que compró casa, le cuenta que hay más, que son preciosas, en el barrio La Castellana. Las dos mujeres aletean como pajaritos y logran convencer con sus retahílas y píos píos a mi abuelo. Lo llevan casi arrastrado a ver las famosas casas. Todo el camino va estirando trompa. Esperanza le dice: *Cambiá la cara, Emilio, ¿acaso nos van a cobrar por mirar?*

Son ocho casas iguales, enfrentaditas unas a otras. Son el sueño americano hecho a la colombiana. Son una clase social que pudimos haber sido, pero no somos, aunque fuimos. Cada casita con su patio de adelante y su patio de atrás. Baños, escalera, cuarto para “el servicio”, dos cuartos para los hijos: un cuarto para las niñas y otro para los niños, *hall*, salón de televisión, biblioteca, cuarto principal en *suite*. La enormidad de un paraíso doméstico. Una postal de suburbio. Una postal de fuimos felices para siempre. Prosperidad, familia tipo, buenas costumbres, avemaría qué plena que es la vida de “la gente bien”.

La Castellana era esa quimera sesentera, de una Bogotá que progresa en el lomo de la clase media. Un lugar de

oportunidades para provincianos profesionales, con familias robustas, carro propio y empleadas domésticas que también venían de provincias, pero nadie quería saber dónde vivían. Lejos, deben vivir lejos, *esas* mujeres. ¿Vecinos? ¿Pero cómo se te ocurre? ¿Ni que viviéramos dónde?

La Castellana se presentaba como una quimera a fuerza de ignorar a los barrios vecinos. La localidad de Barrios Unidos, aunque quisiera parecerse a Estados Unidos, era otra cosa. Era el paso de una Bogotá feudal a una Bogotá rapaz. Ya en 1935 comenzaron a llegar oleadas de gente que tomaban la tierra y que fueron creando los barrios de “invasión”: Siete de Agosto, Benjamín Herrera y Colombia. En los sesenta, bancos y desarrolladores compraron lo que quedaba de las haciendas, hicieron casitas y formaron barrios como La Castellana. Unos y otros, de pie, en una tensión secreta.

La localidad nace así, como un rejunte bogotano. Como un proceso de urbanización caótico y disímil. Lleno de rajaduras profundas, cimentadas en desigualdad: creer en las castas como en un credo. Pero Bogotá también tiene esa manera de ser, descarada, donde lo que se ignora tiene la capacidad de venir de vuelta a buscarte. Bogotá es ese experimento donde lo “diferente” está destinado a encontrarse y colapsar. Bogotá es un accidente, creciendo sin

plan, creyéndose de una clase social que no es, aunque lo fue. Es la caída de la propia mentira. Es sucumbir en su propia trampa.

Bogotá arma su propia jaula y luego chillaba como un animal amputado.

Es jaula, animal y pata amputada al mismo tiempo. También es luz amarillenta de las 5:45 de la tarde y fulgores de cerro. Bogotá la ciclotímica que de repente te mete un sablazo de belleza y te deja ahí, clavada, desnuda, conmovida.

Algo de eso le debió haber pasado a mis abuelos frente a la casa. Un puñetazo de luz. De posibilidad. Un espejismo muy concreto, hecho ladrillo a ladrillo. Mi abuelo tal vez des-estiró la trompa y pensó con la duda temblándole en la lengua: ¿Esta casa es nuestra?

\*\*\*

Mis abuelos vieron el primer mundo con sus ojitos. Emilio se ganó una beca para estudiar con el Banco Interamericano del Desarrollo. Pasó unos meses en Washington, puedo imaginarme su deslumbramiento y su temor. Una pareja joven de la periferia de la periferia. Una parejita de las montañas de Caldas con la pupila dilatada frente a la Casa Blanca. “Toda la vida por delante” es a veces una promesa mansa y

lujuriosa. Volvieron con una lavadora, muñecas que lloraban para las niñas, relojes para los niños y un buen juego de cubiertos de plata. ¿Qué sentirían frente a toda esa promesa de futuro? Me los imagino durmiendo juntos, rodeados de yanquilandia, extraños y extrañados susurrando: *Buenas noches, mijo, buenas noches, mija*. Se apaga la luz.

La casa rondó a mi abuelo como un fantasma. Un día cualquiera le suelta de sopetón a Esperanza: *Mija, ya di la primera plata de la cuota inicial*. Eran 30.000 pesitos, los que tenía mi abuelo. Los ahorros de su vida. La casa costaba 200.000. Mi abuela dice: *Yo cojo dos billetes de 100 ahora y digo jueputa, cómo sufrimos por estos billetes que ya ni pa' mercar*. Yo me pregunto qué es la plata si no la abstracción de una abstracción. ¿Cómo es que con una abstracción venenosa se compra el derecho a habitar una vida? ¿Qué clase de magia negra es esa? Correr en un juego amañado detrás de unos papelitos para decir, al menos de aquí no me sacan. Recuerdo a mi mamá diciéndome: *Yo puedo llegar a estar en la ruina, pero de mi apartamento me sacan en estado horizontal*. Tanto sufrir para esa certeza mínima, y en Colombia ni eso.

Cuestión que vendieron la lavadora que no habían desempacado, vendieron el carro y los cubiertos de plata. Hablaron con un pariente que trabajaba en un banco: juntaron deudas,

incertidumbre y la plata de la cuota inicial. Este es el comienzo de la épica de una casa que hoy van a derrumbar.

Porque Bogotá es trampa y la vida es entropía.

\*\*\*

El plan maestro antes de mi separación era comprar una parcela en Colombia y hacer una cabaña prefabricada, lo hablábamos cada noche antes de dormir. Se sabe que las parejas también son proyectos. Son proyecciones. Microempresas gestadas dentro de las sábanas. Igual nos sentíamos cerca de hackear el sistema. Al final nos unía eso. El sueño de liberarnos del peso de un alquiler. Millenials con casa propia: un chiste sin remate. El sueño de comprar tiempo para existir. Si tan solo pudiéramos respirar mirando pal' monte. ¿Despertaría el deseo?

Estuvimos tan cerca. Ahorrando compulsivamente. Fantasmando compulsivamente. ¿La tierra en qué momento se volvió privada? Si no podemos hacer la revolución y abolir esa trampa, al menos compremos un pedazo, pongamos una cerca y digamos: esta es nuestra egoísta y mínima revolución colectiva. Sembremos curubas y tengamos gallinas. Quién quita, hasta tenemos un hijo. Uno que vaya a la escuela pública y sea colombiano de raíz, de origen biempensante y clasemediero. Hijo de un argentino y una

colombiana. El chiste se cuenta solo. Aunque a ese chiste también le hago un duelo. Esta sería nuestra mínima y privada reforma agraria. Un techo. No era mucho pedir.

Ahora se ve muy lejos.

¿Cómo se dividen los ahorros y las memorias? ¿Cómo calcular en dólares el tiempo y trabajo invertidos en una relación? ¿El trabajo emocional se paga a dólar blue o a dólar oficial? ¿Me beneficia el cambio?

No cierran las cuentas.

Al menos no tuvimos que dividir una casa propia o dividir el tiempo de un hijo. ¿Por qué tanto cinismo en lo que escribo? Es mi manera de tumbar esta casa que fuimos. Esa casa que no alcanzamos a comprar.

\*\*\*

*Cuando dimos la cuota inicial, tuve que tomarme una pepa pa' los nervios. ¿En qué nos metimos, virgen santa? ¿Qué es esta vacaloca? Me pasé donde Graciela y allá lloré. Esa fue la primera y la última vez que me tomé una pepa para los nervios. Yo solo pensaba, carajo, ¿cómo vamos a pagar esto?*

Me conmueve pensar en la angustia de mi abuela. Entiendo su vértigo. Estar parada frente al desbarrancadero del deseo. Porque el deseo es así: unas ganas terroríficas. El deseo

frente a la incertidumbre se deforma. Lo que queremos con todo el cuerpo se vuelve la pesadilla de no saber. Es extraño. El deseo como gasolina puede incendiar la mente.

Yo estoy en llamas. En medio del vacío enorme que deja él, ahí, en ese hueco, me encuentro deseando una intimidad conmigo misma. Me la paso navegando páginas de mueblerías en Bogotá. Deseo en mayúsculas: quiero el sofá cama Antonela, la mesa de comedor Samantha Nogal, el escritorio Alicante gris y la silla Visitante. Quiero todas estas cosas con nombres ridículos. Fantaseo con la disposición y la paleta de color. Si tuviera una vecina que se llamara Graciela, iría a su casa a llorar y a que me dé una pepa para los nervios. Estoy eufórica con el deseo, estoy de luto y no sé en qué me metí. Alguna vez le pregunté: Si hubieras nacido en esta generación, ¿qué te gustaría ser? *Decoradora. Qué dicha comprar lo que se me antoje.*

Recuerdo que Eliade en *Lo sagrado y lo profano* decía: “Instalarse en cualquier parte, construir un pueblo o simplemente una casa, representa una grave decisión, pues la existencia misma del hombre se compromete con ello: se trata, en suma, de crearse su propio ‘mundo’ y de asumir la responsabilidad de mantenerlo y renovarlo. No se cambia de morada con ligereza, porque no es fácil abandonar el propio ‘mundo’”.

Mi abuela estaba por crear el propio mundo, se aferró a Santa Ana con las uñas, con desesperación. Yo estoy destruyendo un mundo, y mirando con fascinación el abismo de un mundo nuevo. Ella me dice que me va a regalar una Santa Ana: *Si quiere tener casa algún día, le reza, pero le reza con fe. Si no, no vale nada.* Yo le voy a recibir la estatua, para agarrarme de alguna pirueta mágica que me diga que voy a ser capaz de armar, mantener, sostener y renovar un mundo.

Lo de la casa propia quedará en veremos, en un espacio intermedio entre aquí y allá. Ahora que estoy des-migrando, me doy cuenta de que vivo en una ciudad que no existe. Un país en la frontera interior. Que he perdido la noción de lo propio: se me ha contaminado Bogotá con Buenos Aires.

Siete años fuera de Bogotá son como un siglo, cada vez que vine me sentí desubicada. Ya no sabía dónde quedaba nada: aquí vendían las arepas boyacenses, aquí tomábamos cerveza en el receso, aquí sacaba las fotocopias. Esos lugares ya no existen, ahora todo tiene un tufillo a gentrificación. El almorzadero se lava la cara y se disfraza de panadería de masa madre. El Siete de Agosto pasa de ser el barrio de los talleres de carros al barrio de las galerías. Justo al lado alguien que habita la calle duerme una siesta en un capullo de cobijas, como para recordarnos que Bogotá es la punta brillante de un iceberg del colapso.



Quisiera construir mi casa propia en una ciudad que intersecta Buenos Aires y Bogotá, una ciudad monstruo que solo habita en mí.

\*\*\*

¿Cómo hicieron para pagar esa casa? Esperanza se remangó. Una vecina le propuso vender pasteles gloria para turistas en Flor y Fresa, un local cerca de San Francisco, Cundinamarca. *Empezamos con 50 pasteles. La semana entrante 100. ¡Táquete, se vendieron! Cuando había puente, hacíamos hasta 1.000.* Con un negocito floreciente, Esperanza toreaba miedos. Ella que siempre odió manejar, metía a los dos hijos pequeños en un *jeep* y se iba malmanejando, a 30 kilómetros por hora, hasta La Soledad para dejar el encargo.

La cocina le quedó chica. El horno doméstico también. Se metió en otro préstamo para comprar un horno industrial. Techó parte del patio trasero y construyó lo que todos llamábamos “la pastelería”. *¿Dónde está la Tita? En la pastelería.* Era un negocio secreto, sin salida al público, en donde el ama de casa subvertía el mundo. Una especie de habitación propia, donde mi abuela reinaba en una operación casi industrial. La recuerdo como un torbellino fumando, con una radio que decía: *Mujer, si puedes tú con Dios hablar,*

sacando palomas perdidas, anotando pedidos en un cuaderno amarillo con su letra pegada de colegio de monjas.

*Yo no tocaba un peso del negocio. Cuando veía que tenía 10.000 pesos. Le decía: Vea, mijo, vaya y abone los diez mil. Era bravo, porque había que pagar.* Mi abuela era la única mujer de la cuadra que trabajaba. Sus vecinas le decían que era *más verraca que el diablo*. ¿La admiraban, la pobreteaban o secretamente la envidiaban? Era lo que se dice un trabajo respetable. Puertas adentro, bregando con las artes domésticas y rozando la más machorra noción de microempresa. ¿Quiso mi abuela hacerlo a lo grande? ¿La detuvo la vergüenza silenciosa de mi abuelo? ¿Se sentía él empequeñecido por necesitar de la fuerza económica de su mujer?

Mi abuela era implacable con las pastelerías famosas, las tortas de Cascabel y Myriam Camhi le parecían caras, feas y ridículas. *100.000 pesos por una torta. ¡No, querida! Ni la mitad de rica que la que hago yo.* Tenía razón, su negocio lleva 40 años. La clientela la heredó su hija mayor, que la continúa en la cocina de su apartamento. No hicieron ni una sola pieza de *marketing*, el negocio se mantiene a punta de voz a voz. Existe.

En ese cuarto propio, Esperanza creó algo novedoso: una milhoja especial. Creó un postre impecable a partir de varias recetas. Juntó el hojaldre de Ofelia, con la cubierta de

Aura Ramírez, y se le ocurrió en una iluminación rellenarla con crema pastelera y crema chantilly. Es una milhoja única, de autora. Construida como una obra maestra, sobre las manos de una cadena de mujeres. En las palabras de Virginia Woolf: “Porque las obras maestras no nacen aisladas y solitarias: son el producto de muchos años de pensar en común, de pensar en montón, detrás de la voz única, de modo que esta es la experiencia de la masa”. Aquí la masa es literal. Un acto de creación femenina colectivo.

Esperanza se me aparece como una mujer de frontera. Masculinizada y sumisa. Una adelantada anónima. Una mujer que sostiene la casa-cosmos, en potencia y en dolor. Una punta del matriarcado. Es difícil diferenciar la luz y la sombra.

La casa que estoy abandonando, mi casa en Buenos Aires, es diminuta. Él y yo compartíamos “el estudio”, que en realidad era un corredor entre la cocina y el baño. Los dos escritorios, uno al lado del otro, fueron escalando la tensión en la pandemia. Me descubrí diciendo una y otra vez: *Por favor puedes lavar el baño, por favor puedes barrer, es tu turno.* Me descubrí haciéndolo yo, con rabia. Me descubrí apretando las muelas.

Me presenté a una residencia de escritura. Su respuesta fue: *¿Y por qué no puedes escribir aquí?* Igual me fui y la relación se vino abajo. La casa se vino abajo. No regó las plantas

una sola vez. Un jardín de chamizos como el cementerio de lo que quedaba. No me queda claro qué era lo que tanto temía, pero sospecho que los hombres siempre temen una sola cosa en la mujer: el deseo. Mi deseo de escribir como una fuga maligna. Una esposa pérfida, que abandona todo por un rato en el cuarto propio. Mi deseo de ser más que un espejo maternal de su tamaño. Incluso me dijo: *Yo no quiero estar con alguien que viaje tanto*. ¡El tupé! Entre mi deseo y ser tu casa. Seré mi deseo. Y me vengaré triste y exhibicionista escribiendo. Me vengaré porque estoy triste, me vengaré porque te extraño.

Cuando mi abuela supo de mi separación solo dijo dos cosas: *Que sea lo que Dios quiera* y *Lo que no sirve que no estorbe*. En mi familia matriarcal es difícil separar la luz y la sombra. Pienso en el poema “Mi vida” de Gonzalo Arango: “No soy casado porque tengo fe en que el amor durará toda la vida, y porque amar es mi manera de ser libre”.

\*\*\*

Mis abuelos se demoraron quince años en pagar la casa. En esos años el barrio cambió y la familia también. Ya en los noventa todo aquello tan tranquilo, tan cercano, dibujaba grietas. El Teatro La Castellana, que antes proyectaba

películas, era ahora un teatro de arte dramático con auge comercial. Alrededor comenzaron a pulular pequeños negocios de supervivencia. Los vecinos comenzaron a vender sus casas. Los edificios se alzaron tambaleantes en la crisis del upac. Las casas se convirtieron en oficinas. El *look* de suburbio se contaminó. Bogotá hizo de las suyas. La escasez del neoliberalismo le desfiguró la cara. Esta es la ciudad del rebusque. Ya nada de esconder el hambre, estamos aquí, inventando qué vender para estar vivos.

Intentaron robarle el carro a mi tía, justo en el garaje de la casa de mis abuelos. Con los gritos, mi abuelo corrió escalera abajo y se cayó. Era un augurio. Mi abuelo se empeoró de su artritis: le reemplazaron la rodilla dos veces y el cuerpo rechazó la prótesis. Al final, en una intervención brutal, le unieron los huesos con hierros. Quedó con una pierna más corta que la otra. Lo resistió todo con estoicismo tierno. Un temple budista. La casa, con los dos viejos solos, con su enorme escalera, se hizo absurda. Todo se venía abajo. Si la casa es un cuerpo, y el cuerpo es una casa. ¿Qué vendría siendo Bogotá?

Un día, de la nada, mi abuelo le informa que vendió la casa. Se enfrentan a la tarea titánica de desarmar una casa enorme, para hacer caber la vida en un apartamento de 80 metros. En medio del trajín de la mudanza estaba el

problema del horno industrial. Ocho días antes de la mudanza mi abuela lo vendió por 350.000 pesos. *Lo regalé, lo vendí por nada. Y ese viejo hasta me quedó debiendo plata.* ¿Dónde estará ese horno que ayudó a levantar una casa?

\*\*\*

No fue fácil pasar de La Castellana al apartamento. *Al principio fue muy duro porque me sentía encerrada. Como en un corral. Todo me parecía chiquito. Nunca en la vida había vivido en apartamento. Un cambio muy pero muy brusco. Sigo extrañando mi cocina, mi amplitud.* Pienso que mi abuela es amplia. Caudalosa y feral. No ha podido ser encerrada ni por la tristeza, ni el chisme, ni el matrimonio, ni la viudez, ni la vejez. La veo erguida. Muy digna, frente a la perspectiva de su muerte. Mi abuela me asombra, me embeleca. Me emboba y me alucina.

\*\*\*

Desde que me separé me llama y me dice: *¿Usted qué está haciendo allá, hija? ¿Es que acaso no sabe cuál es su casa?*

Lo primero que haré en mi casa de Bogotá será hacerle un altar a Santa Ana y votar a San Antonio por la ventana.

Que caiga siete pisos de cabeza y que estallé como una supernova. Sin santo, sin patrón y sin marido. Qué importa, si mi diosa me dará café y un pedazo de milhoja. Mi casa es el cuerpo de la esperanza. Por más que demuelan todo tengo una niña roja y espeluznante en mi corazón. Soy una deseante y debería ser excomulgada. Soy lúbrica. Y mi ciudad, esa, la desmuelelada, la periférica, la amarga, puede ser el centro del universo. ¿Por qué no?

# EL SUR NO ES UN PUNTO CIEGO

Lucía Vargas Caparroz

*Los cuatro puntos cardinales  
son tres: el Sur y el Norte.*  
Vicente Huidobro

1.

LLEGUÉ A COLOMBIA EN 2016, LUEGO DE ESE largo viaje por Latinoamérica, pero no me quedé. Volví a Buenos Aires en 2017, creyendo que Bogotá no era un lugar para mí, pero todo en Argentina me decía que no era tiempo de regresar a casa, así que volví a Colombia. Viví y trabajé como voluntaria en un *hostel* en La Candelaria, luego arrendé una pequeña habitación, en la que apenas entraba una cama. Viví en Teusaquillo, en Chapinero, en Cedritos y, sin planearlo, fui habitando la ciudad y conociendo las dinámicas de las distintas localidades en ese recorrido.

A fines de 2018 ya no tenía visa Mercosur y debía tramitar la visa de residente si me quería quedar, así que lo pensé bien y volví a Buenos Aires a recargar fuerzas y planear un nuevo viaje por Centroamérica. Las personas erráticas



somos así, siempre creemos que el lugar al que debemos llegar es aquel que aún no conocemos, nunca pensamos en hacer el esfuerzo de quedarnos. No sé qué fue lo que cambió cuando llegué a casa, pero volver no solo recargó mis energías, sino que también me dio perspectiva y claridad de lo que en realidad quería y no me había dado cuenta. Entonces llegó enero y me encontré escribiéndole a un amigo, que en ese momento vivía con su mamá en el barrio El Tintal, para que me arrendara una habitación.

Llegué a Bogotá en 2019, me acomodé en la habitación y empecé a buscar trabajo, pero era principio de año y la gente aún estaba en modo vacaciones. Había ahorrado para ese nuevo viaje, pero ahora que sabía que me iba a quedar en Colombia, guardaba ese dinero para la visa. Durante el tiempo de espera y entrevistas laborales debía gastar lo menos posible, así que me pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca. Si tuviera que decir qué elemento simboliza el sur de Bogotá para mí, diría que es la biblioteca pública El Tintal. Ni bien la conocí, supe que sería un gran refugio. El deseo de conocimiento y exploración me llevó a transitarla, comencé con el propósito de recorrer por curiosidad y regresé y regresé hasta que terminé apropiándome de ella.

La biblioteca pública El Tintal Manuel Zapata Olivella está ubicada la localidad de Kennedy, en la Avenida Ciudad

de Cali con 6<sup>o</sup>, cerca del cruce con Avenida de Las Américas. En ese momento, yo vivía a unas cuatro cuadras a pie y aún desde allí se podía distinguir el edificio. La biblioteca se inauguró el 29 de junio de 2001, pero el edificio ya existía: el arquitecto Daniel Bermúdez la edificó sobre las ruinas de una antigua planta de transferencia de basura. Según Biblored, se llama así en homenaje al representante más importante de la literatura afrocolombiana, quien además fue médico, antropólogo y defensor de las comunidades afrodescendientes. En la entrada, junto a la recepción, hay un retrato enorme de él, pero la vez que pregunté quién era, los que atendían no supieron responderme. La colección de la biblioteca cuenta con más de 90.000 libros, material audiovisual, multimedia y publicaciones seriadas. Hay ludoteca para los más pequeños, clubes de lectura y actividades pensadas especialmente para adultos mayores. Como está ubicada en un punto estratégico, la gente llega a pie, en bicicleta por la ciclorruta, en Transmilenio y en alimentador, contando con público no solo de Kennedy, sino también de Bosa y Fontibón. Durante el tiempo que viví allá, ese fue mi punto de encuentro con los demás, con los libros y conmigo misma.

Hace poco hablé con Sergio, un amigo que hice gracias a una gran amiga, Carolina. Él y su familia viven a pocas

cuadras de donde yo vivía, también muy cerca de la biblioteca, mientras que Carolina vive en Patio Bonito, a unos 20 minutos en bicicleta de El Tintal. Sé que son amigos hace mucho tiempo, pero como nunca supe la historia de cómo se conocieron, aproveché la entrevista para preguntarle: “Yo estaba en octavo de bachillerato, por allá en el 2008, y el barrio estaba creciendo, entonces no había mucha oferta de colegios para la demanda de estudiantes. Como no había lugar, tuve que trasladarme a un colegio que habían hecho nuevo en el barrio de Patio Bonito, que es más hacia el sur. No era muy lejos, eran 20 minutos caminando desde acá, pero siempre hubo una frontera invisible muy peligrosa entre los dos barrios. Era un caño. De todas maneras, yo conocía ese barrio porque allá vivimos primero y luego llegué acá al Tintal, que ya tiene una configuración más residencial, de conjuntos de apartamentos; en cambio Patio Bonito es un barrio más tradicional, con casas familiares y así. En esa época, Bogotá estaba pasando por el *boom* de los megacolegios, que eran enormes, hechos de buen material, de mucho ladrillo. Fue Bogotá la primera ciudad que hizo que la educación fuera gratuita para todos, la educación pública, porque antes tú tenías que pagar una cierta cantidad de dinero, de acuerdo a tu nivel socioeconómico, pero después de eso, ya no volvieron a cobrar por estudiar.

Unos años después, todo el país cogió el ejemplo de Bogotá y ahora es un derecho fundamental. En ese contexto me conocí con Carolina”. Cuando dijo lo de las fronteras invisibles, pensé enseguida en ese caño. Lo conozco: no hay pavimentación, es un espacio que hubiera podido ser una calle y que por eso conserva latente esa belleza de lo que puede ser todavía. Las fronteras deshabitadas pueden ser sitios de paso considerados límites invisibles y peligrosos, pero yo los veo más bien como puntos de unión entre dos lugares totalmente distintos: este caño es como un tercer lugar, que nace de la unión de esos dos barrios, un punto neutro de mediación en el que ninguna de las dos partes es ni termina de ser, un elástico en tensión.

Sergio me dijo que en décimo decidió cambiarse de colegio, a uno en El Tintal, pero que la amistad con Carolina continuó: “En esa época de la adolescencia, yo mantenía muy encerrado y ella siempre me decía ‘vamos a caminar, salgamos’, y nos la pasábamos por acá. Y ahí entra una de las diferencias que veo entre los dos contextos, el de Patio Bonito y El Tintal: Patio Bonito es un lugar más inseguro, no hay tanto espacio público; mientras que El Tintal es un barrio que fue planificado desde las constructoras, todo se planteó para que hubiera parques, vías... Bueno, la biblioteca pública era nuestro espacio de esparcimiento. Ese lugar

tiene capas de historia... La pasábamos con los amigos, hubo dramas, peleas, risas, de todo. Siempre fue nuestro punto de encuentro”. Volvemos a la biblioteca, volvemos al punto de encuentro para nosotros, para ellos, para muchos. Cuando imagino las ruinas de la planta de tratamiento de basura, pienso en la resignificación de los espacios como un ejercicio de recuperación de la memoria. Creo que, en ese sentido, la ciudad y las personas nos parecemos mucho: pasan los años y la vida avanza, lo nuevo que sucede crece alrededor de las ruinas o sobre ellas, hasta que esos lugares en la memoria dejan de ser sitios aislados y se conectan entre sí, lo viejo en constante diálogo con lo nuevo. En El Tintal, la resignificación de estas ruinas repercute como un eco en la comunidad: el espacio se transforma no solo en un centro educativo, sino también en un espacio comunitario y cultural. Pero el movimiento constante y caótico en las ruinas, que coexiste con los accidentes y con lo nuevo que las interviene, también nos habla: las ruinas son el camino a la transformación y que sigan existiendo nos habla de que siempre debemos estar preparados para lo que vendrá.

“Sé que ir a la biblioteca era un escape para Carolina porque era la manera de salir de su casa. Siempre tenía que sacar unos libros o entregar unos libros, o simplemente iba a la biblioteca a hacer trabajos. A veces era una excusa, a

veces era cierto, pero siempre fue un escape y yo creo que lo fue para todos. Para mí también, cuando no tenía qué hacer o me sentía aburrido, yo iba a la biblioteca y buscaba libros... Era un oasis, un oasis en medio de los contextos tan difíciles que se ven aquí en el sur. Los colegios en donde estudiábamos nosotros atienden a la población de las clases más bajas y generalmente son estudiantes que solo van a estudiar por pasar el rato, ¿sabes? No toman en serio lo que es adquirir conocimiento y pensar en su futuro, entonces estábamos con personas en la misma aula que no les interesaba estudiar, que todo el tiempo sabotaban la clase y demás, porque así mismo es todo el contexto alrededor... La gente por aquí trata de mirar cómo sale adelante, pero desde la adolescencia crecen en un contexto donde lo único que importa son las fiestas, el sexo, las drogas, entonces la gente se queda como en eso... Y para nosotros llegar a la biblioteca era todo lo opuesto, todo el conocimiento a nuestro servicio, lo que quisiéramos ver ahí estaba. Entonces para mí era un escape de lo que vivía en el colegio o aquí en el barrio. Yo sé que para Carolina también es un lugar muy especial por eso... Era como trasladarnos a otro mundo". Así también lo sentí yo: esa biblioteca como un gran oasis blanco, como la posibilidad de habitar otro lugar entre libros. En ese momento, para Carolina y Sergio,

la adolescencia fue un tiempo de ruinas en transformación y renovación. Tal vez eso sea lo importante de entender, la reconstrucción: el movimiento constante de edificación y demolición, el ejercicio de revalorización de la ciudad desde sus pedazos, desde nuestros pedazos, la ciudad y la vida como un espacio en constante tensión entre lo que continúa y lo que cambia. Y en ese movimiento constante, la pregunta: ¿qué es lo que queremos conservar y qué es lo que queremos transformar?

2.

Siempre me gustó caminar. Es como si en cada paso hubiera una nueva apropiación del espacio. Cuando viajé por Latinoamérica, cada nuevo movimiento hacia adelante era adentrarse más en el camino, pero fue cuando volví a casa por primera vez que supe que nunca había caminado sola. Estaba conversando con Ionel sobre nuestra infancia en la Patagonia y él me habló de un juego que yo no recordaba: se acordó de las tardes en las que jugábamos a ser “niños perdidos”, como los del cuento de Peter Pan, pero, en vez de bosque, jugábamos en el patio de la casa. Caminábamos en círculos, pero se sentía como si estuviésemos explorando la selva amazónica; juntábamos piedras, hojas, ramas

para hacer una fogata imaginaria, sentíamos el miedo de estar a la intemperie, andábamos con la sensación de que cualquier cosa nos podía pasar. Mientras él contaba, yo iba recordándolo todo, como si volviera a vivirlo otra vez. Él me dijo que, en su ejercicio de ser artista plástico, aún siente lo que sentía cuando jugábamos en cada exploración de una nueva obra. Somos exploradores desde siempre y jamás caminamos solos. Los niños perdidos siempre iban en manada, así, salvajes y con el instinto de supervivencia a flor de piel. El cuerpo siempre fue el mediador en el constante reconocimiento y apropiación del territorio habitado, creo que el gesto de armar una cartografía personal implica necesariamente recorrer y conocer los lugares a pie.

Ir a Patio Bonito y recorrer Corabastos de la mano de Carolina fue leer la ciudad desde el corazón de sus márgenes. Ni bien cruzamos la 80, anduvimos esquivando carros, bicicletas y peatones, pisando restos de comida sobre el asfalto, bordeando agua estancada, escuchando ofertas en un grito que parecía repetirse una y otra vez pero con diferente voz, sintiendo el olor a frito del chicharrón con arepa, una mano extendida pidiendo, otra entregando unas vueltas, mujeres cargando bolsones llenos de plátanos como si llevaran a sus hijos en las espaldas, un anciano recogiendo pedazos de fruta como si fueran piedras preciosas, perros durmiendo sobre



cartones, otros hurgando en la basura, husmeando junto a un puesto de verduras, junto a otro puesto de frutas, junto a otro puesto de verduras y así hasta el infinito, gente trepándose a las busetas con la mercadería, empujando los bolsones por la puerta, bocinazos de los buses que vienen detrás, ruido y más ruido y así hasta el infinito. Que se apuren, que se apuren, que el tiempo acá no para. Es de día y Corabastos no para, y si fuera de noche tampoco pararía. Este mercado no duerme, hormiguea las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Corabastos es la plaza de mercado y central mayorista más grande de Colombia y la segunda más grande de Latinoamérica. Abarca un área de 420.000 metros cuadrados y cuenta con 57 bodegas para venta y almacenamiento de productos, áreas de circulación vehicular y peatonal, parqueaderos, bancos, oficinas, estaciones de servicio y restaurantes. Se inauguró el 20 de julio de 1972 y es una de las entidades más importantes en la economía del país: mueve entre siete mil y nueve mil toneladas de alimentos diarios, que abastecen a Cundinamarca, Boyacá, Tolima, Meta y otras regiones del centro del país.

“Patio Bonito es un sector muy comercial, el más comercial de todo Bogotá, la Plaza de Corabastos es una plaza mayorista, que recibe y despacha la comida suficiente para todo el país”, dice María Eva, una mujer de 57 años que

trabajó 23 años en el mercado: “Yo llegué aquí a Bogotá en el 86, llegué con dos niños bebés, seis meses y dos años y medio. Venía de Santander, desplazada por la guerrilla. Yo tenía mi finquita, tenía cómo vivir, pero llegó la guerrilla y me tocó salir de noche, con mis dos chinitos, con una mano adelante y otra atrás, únicamente salvando la vida. Como yo tenía experiencia en plazas, porque mi mamá trabajaba en plazas en Santander —y como dicen allá, “cada chuchero, a sus agujas”—, yo busqué la plaza porque ahí yo sabía cómo defenderme, cómo salir adelante con mis muchachitos, entonces llegué a Corabastos. Busqué la forma de trabajar por mí misma sacando un carrito en arriendo, empezando a comprar y a vender. Vea, aquí en Corabastos trabajan más de 35.000 personas: el camionero le compra al campesino, el camionero lo trae a Corabastos, en Corabastos ya le compra el comerciante, el comerciante vende a los detallistas y los Fruver ya venden al consumidor. Entonces es una cadena donde todo el mundo tiene que sacar su sustento, su sueldo pa’ poder sobrevivir”.

Aquí se ve la cadena de la que habla, adentro y afuera, los eslabones que se repiten hasta el infinito. Eslabones en constante conflicto y ese conflicto como la tensión que sostiene la memoria de esos eslabones: los duelos por los lugares que se han dejado atrás, por la vida que ya no fue,

por las personas que no volverán, por lo que no se cultivó, por la semilla que jamás germinó. Doña María Eva toma su tinto y cuenta: “Corabastos es el sustento de miles de personas, incluso de los que no tienen pa’ comer. La gente va y pide. Yo seleccionaba la comida, mandaba la criolla chiquitica para un restaurante famoso en Chía y lo que sobraba lo regalaba a la gente que iba a pedir. Es que de aquí come todo mundo, ¿de dónde comen los del norte? Pues de la plaza, de Patio Bonito. Los del norte lo miran a uno de lado, le miran a uno los pies y lo miran como si uno fuera una persona desechable, ¿pero de dónde reciben la comida?”. Carolina me alcanza un café con leche y aprovecho para comer uno de los pasabocas con bocadillo que compramos y llevamos para compartir. Somos varias, pero alcanza. Alcanza como la sopa que prepararon temprano, de la que comió doña Carmenza, Cecilia, María Eva, Carolina, Daniel. La sopa que aún me guardan para cuando me dé hambre, porque aquí siempre habrá un plato de comida en la cocina. María Eva sigue: “Los del norte no deberían discriminar el sector de donde ellos comen, de donde comemos todo mundo. Yo enseñé a mis chinitos a trabajar en la plaza y ahí siguen, no aguantamos hambre porque la plaza no deja aguantar hambre a nadie”, y doña Cecilia, la mamá de Carolina, replica: “Sí, los de Patio Bonito tenemos

mala fama, pero si uno no tiene qué hacer de comer, se va a Corabastos y allá pide y en un lado uno le da una yuca y en otro le dan un plátano y usted ya tiene con qué dar de comer a sus hijos... Así es como yo me empecé a dar cuenta de que a una no la tiene que vencer la vida y entonces empecé a luchar, con alma y corazón”.

No nos vence la vida, ni la ciudad. Aun cuando la ciudad parezca un monstruo que engulle, que se come tu pasado en cada mordida vertiginosa del presente que tenés que aprender a habitar día a día. Y así como no podemos conservar todos nuestros recuerdos, tampoco podemos negar la dimensión necesaria del olvido. Nos desplazamos hacia adelante, caminamos con una mano adelante y la otra atrás, el arraigo y el desarraigo latentes en la constante búsqueda de sentido. La fragilidad de los límites en nuestras cartografías personales, sondeada por esas fronteras invisibles, delimitada por el temor a habitar los espacios desconocidos en contraste con la seguridad de habitar los espacios que ya conocíamos. Y la lenta resignificación de la ciudad, la apropiación de los espacios, a través del gesto de memoria colectiva. Ahora, el mercado es nuestro, conversamos y tomamos tinto, habitamos Patio Bonito entendiendo que el espacio público nunca ha sido tan público en realidad, así como el espacio privado también ha sido despojado

de esa dimensión. Somos caminantes y no andamos solas. Nuestro paso agrieta, recupera el espacio. Allanamos el camino para los hijos y para los hermanos, nos abrimos paso entre la maleza a machetazos.

Doña María Eva sigue contando: “Cuando yo llegué aquí a Patio Bonito, únicamente estaba la escuela Patio 1. Yo me fui a matricular a mi niño, que ya estaba grandecito, pero no había cupos, porque había muchos niños. Entonces me echaron a un lado y, pues, yo no tengo sino primero de primaria, pero la inteligencia mía me hizo unirme con unas amigas y entonces empecé a tocar puerta y puerta y a preguntar qué niño necesitaba estudiar. Y pues había muchos, entonces cogí un listado de niños y me fui a la Secretaría de Educación y allá radiqué todas las cartas que llevaba. Yo iba con mi listado de tantos niños pa’ un curso, tantos niños pa’ otro curso, y así. Y me mandaron de la Secretaría una directora a averiguar a ver si es que había esa cantidad de niños. Pues yo me puse a revolucionar a todas las mamás y a los niños y me mandaron los profesores pal’ salón comunal y se formó la escuela Las Palmeras”.

Creo que la apropiación del espacio tiene que ver con esto, con nuestro peregrinaje individual, que se transforma para convertirse en un caminar social, colectivo. La ciudad se mantiene viva y nuestra cartografía se modifica porque

nuestro andar sigue edificando, aun sobre los restos de nuestro pasado. Somos mujeres caminantes, peregrinas de la ciudad. Vamos y venimos por los senderos y las calles, en marchas o protestas, en procesiones o filas para el bus, vamos como una marejada de gente que se desplaza de un lado a otro, como la luz del sol. Seguimos conversando hasta que la tarde se apaga. Nuestra despedida tiene el ruido de las tazas vacías que se recogen lentamente. Veo la mesa y pienso que, tal vez, todas alguna vez deseamos dejar de andar un ratito, que las cosas hubiesen permanecido igual o parecidas. Pero hoy, después de tanto trajín, entendemos que la renovación del espacio ha traído nuevas experiencias y que, aún en tiempos difíciles, representa una posibilidad de cambio.

3.

Es septiembre de 2022. El editor me llama y me ofrece escribir esta crónica. Acepto enseguida. Le digo que soy del sur y que quiero contar el sur de Bogotá, que quiero hablar de lo que significó para mí criarme en la Patagonia y venir hasta acá desde lo más austral del continente. Él está de acuerdo. Camino a casa, ahora vivo en La Candelaria, en una de esas casas viejas que llaman la atención de los

turistas. Mientras camino pienso en todo lo que quisiera contar y regreso al Tintal, a esa habitación en la que viví, a esa biblioteca a la que iba todos los días, para sentirme un poco más en casa. Regreso a Patio Bonito, a la calle de tierra junto al caño, a la casa enorme con las ventanas abiertas, a la terraza desde donde vimos toda la ciudad junta alguna vez. Pienso en Carolina, en los años de amistad con ella, en que nos conocimos vendiendo libros y en cómo los libros nos han salvado y unido cada vez más con el paso del tiempo. Pienso en su mamá, en sus amigas, en esas mujeres madres y cabezas de hogar, en sus hijos, en el mercado, en el trabajo, en que el tiempo no para ni parará. Pienso en todo esto escrito en un libro, un libro que va a soltarse al viento, como se suelta la promesa de no olvidar nunca o el secreto mejor guardado, una botella en el mar que se va, que se va y que tal vez llegue hasta El Tintal, hasta Patio Bonito o hasta la Patagonia. Vivo en Bogotá, esta es mi casa ahora, hace rato que dejé de ser la que venía siendo antes de salir, pero jamás han dejado de tratarme como una forastera. Todavía me siguen preguntando qué me ha parecido Colombia y Colombia no me parece, Colombia es y Bogotá me sigue pareciendo lo mismo que cuando llegué: una ciudad que va cambiando para mí como cambia cualquier ciudad, que cada año me deja ver algo nuevo y me deja despedir algo viejo,

algo que en mí se conserva y algo que en mí se renueva. La ciudad y yo somos un espacio en conflicto, pero es esto lo que nos mantiene vivas y en movimiento.





## JUAN ÁLVAREZ

Nació en Neiva (1978). Ha publicado el libro de cuentos *Nunca te quise dar en la jeta, Javier* (2005); las novelas *Candidatos muertos* (2011), *La ruidosa marcha de los mudos* (2015), *Aún el agua* (2019); el libro de ensayos *Insulto: breve historia de la ofensa en Colombia* (2018) y una adaptación de *La isla del Dr. Moreau* de H. G. Wells (2019). En 2005 ganó el Premio Nacional de Cuento “Ciudad de Bogotá”. En 2011 fue elegido entre “Los 25 secretos mejor guardados de América Latina”, selección convocada por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Desde el 2015 coordina la línea de investigación en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo, donde ha venido trabajando en la práctica de la escritura colectiva con comunidades.



## RODOLFO CELIS

Nació en El Copey (1978). Es magíster en Escrituras Creativas y profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional. Ha publicado la novela *El último duelo del hombre pez* (Himpar Editores, 2021), el poemario *Memoria* (Colectivo Surgente, 2011) y una lista larga de textos cortos en ediciones cuasi clandestinas, antologías extrañas y medios como *El Espectador* y *El malpensante*. Obtuvo el primer lugar del Concurso de Crónica Departamento del Cesar (2019) y del Concurso Nacional de Crónica Universidad Externado, 2017. También fue uno de los ganadores del Premio Distrital de Crónica Ciudad de Bogotá (2014). Vive en Usme, donde fundó la revista *Surgente, letras informales*.



## MAURICIO MONTENEGRO

Profesor universitario y doctor en Antropología. Su primera novela, *Diemer vs. Trommsdorf*, ganó el Premio Nacional de Novela Inédita del Ministerio de Cultura en 2020; fue publicada en 2021 por Seix Barral. La segunda, *Refugio*, fue finalista del xv Concurso Nacional de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín; será publicada en 2023 por el Fondo de Cultura Económica.



## LAURA ORTIZ GÓMEZ

Nació en Bogotá (1986). Estudió Literatura en la Universidad Javeriana. Trabajó como promotora de lectura y escritura en diversos espacios a lo largo del territorio colombiano. Realizó la maestría de Escritura Creativa en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. *Sofoco*, su primer libro de cuentos, resultó ganador del Premio Nacional de Narrativa Elisa Mújica 2020. Fue publicado por Laguna Libros (Colombia), Barrett Editorial (España), Concreto Editorial (Argentina), Laurel (Chile), Polilla (México) y Gran Vía (Italia).



## LUCÍA VARGAS CAPARROZ

Nació en Buenos Aires (1987). Es licenciada en Letras por la Universidad del Salvador. Ha publicado tres libros en Colombia, Argentina y España: *Todo el tiempo nuevo* (Tyranus Melancholicus Taller, 2016), *Por ser del Sur* (Pensamientos Imperfectos Editorial, 2019) y *Lo que tarda algo en irse* (2021 y 2022, coedición de Tanta Ceniza Editora y Valparaíso Ediciones). Actualmente vive en Bogotá, es docente, promotora de lectura y colabora con revista *El malpensante*.



## **Libro al Viento**

---

COLECCIÓN CAPITAL

Es de color morado y en ella se publican los textos cuyos temas tengan relación con Bogotá y sus alrededores.

- |           |   |           |  |
|-----------|---|-----------|--|
| <b>2</b>  | <b>EL 9 DE ABRIL</b><br>(fragmento de <i>Vivir para contarla</i> )<br><i>Gabriel García Márquez</i>   | <b>45</b> | <b>DE PASO POR BOGOTÁ</b><br>Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX   |
| <b>5</b>  | <b>BAILES, FIESTAS Y ESPECTÁCULOS</b><br>(Selección de <i>Reminiscencias de Santafé de Bogotá</i> )<br><i>José María Cordovez Moure</i>   | <b>59</b> | <b>POR LA SABANA DE BOGOTÁ Y OTRAS HISTORIAS</b><br><i>José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez</i>  |
| <b>12</b> | <b>CUENTOS DE BOGOTÁ</b><br><i>Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento</i>   | <b>77</b> | <b>ESCRIBIR EN BOGOTÁ</b><br><i>Juan Gustavo Cobo Borda</i>  |
| <b>16</b> | <b>EL BESO FRÍO Y OTROS CUENTOS BOGOTANOS</b><br><i>Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero</i> | <b>82</b> | <b>LOS OFICIOS DEL PARQUE</b><br>Crónicas<br><i>Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga</i> |
| <b>26</b> | <b>RADIOGRAFÍA DEL DIVINO NIÑO Y OTRAS CRÓNICAS SOBRE BOGOTÁ</b><br><i>Antología de Roberto Rubiano Vargas</i>  | <b>88</b> | <b>RECETARIO SANTA FERREÑO</b><br>Selección y prólogo de Antonio García Ángel  |

- 92** RECUERDOS DE SANTAFÉ  
*Soledad Acosta de Samper*
- 93** SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES  
*José María Cordovez Moure*
- 97** BOGOTÁ CONTADA  
*Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastián Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero*
- 101** CRÓNICAS DE BOGOTÁ  
*Pedro María Ibáñez*
- 109** BOGOTÁ CONTADA 2.0  
*Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra*
- 117** SIETE RETRATOS  
*Ximénez*
- 118** BOGOTÁ CONTADA 3  
*Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres*
- 126** BOGOTÁ CONTADA 4  
*Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria*
- 131** VERSIONES DEL BOGOTAZO  
*Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero "Klim", Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia*
- 133** BOGOTÁ CONTADA 5  
*Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo*
- 142** BOGOTÁ CONTADA 6  
*Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez*
- 148** DE SOBREMESA  
*José Asunción Silva*
- 151** LA CALLE 10  
*Manuel Zapata Olivella*
- 154** BOGOTÁ CONTADA 7  
*Orlando Echeverri, Margo Glantz, Betina González, Carlos Granés, Cristina Morales, Julianne Pachico, Antonio Ungar*
- 156** BOGOTÁ CONTADA 8  
*María Leubro, Andrea Mejía, Juliana Muñoz, Andrea Salgado, Carolina Sanín, Lina Tono, Adriana Villegas*





# BOSQUE



*Bogotá contada 10* fue editado  
por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes  
para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número  
170, y se imprimió en el mes de  
abril del año 2023 en Bogotá.

CIRCULACIÓN  
GRATUITA

# 170

“Bogotá es una ciudad tan diversa,  
tan llena de historias y posibilidades,  
que uno puede crecer en medio de un bosque.”

**Mauricio Montenegro**



**COLECCIÓN CAPITAL**

**libro al  
viento**



INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES

